

LA ALIANZA ATLANTICA Y LA SEGURIDAD EUROPEA: CONSIDERACIONES CRITICAS ACERCA DE UN MODELO ESTRATEGICO ESTABLECIDO

Por JOSE MANUEL RAMIREZ SINEIRO

SUMARIO: I. *Introducción.*—II. *Orígenes.*—III. *Desarrollo.*—IV. *Crisis.*—V. *Conclusión.*

I. INTRODUCCIÓN

El mapa político configurado al final de la II Guerra Mundial por la progresiva implantación de la URSS en Europa Oriental parecía la evidente confirmación de las sombrías predicciones de determinismo geopolítico acerca del dominio mundial formuladas por diferentes autores —en particular Halford J. McKinder y Raoul Castex— desde principios del siglo XX¹.

Sin embargo, la aprensión occidental ante la creciente influencia regional de la Unión Soviética en Europa en la inmediata postguerra no provenía de semejantes augurios sino de su indisimulado afán expansionista, vertebrado política y militarmente a través de la desestabilización interna del Viejo Continente —aún social y económicamente tambaleante por las secuelas del mayor conflicto de la historia— y de la potencial amenaza del Ejército Rojo,

¹ Sus respectivas obras —MCKINDER, HALFORD J.: «The Geographical Pivot of History», *Geographical Journal*, vol. XXIII, London, 1904; *Democratic Ideals and Reality*, New York, Holtand Co., 1942, y «The Round World and the Winning of the Peace», *Foreign Affairs*, vol. XXII, July, 1947; CASTEX, RAOUL: *De Gengis-Khan a Staline (les vicissitudes d'une manoeuvre strategique)*, Paris, Société d'Éditions Géographiques, Maritimes et Coloniales, 1935; y *Teorías estratégicas*, Buenos Aires, Escuela de Guerra Naval, 1940, han registrado una interesante recepción en nuestra doctrina. Así, VICENS VIVES, JAIME: *Tratado general de geopolítica*, Barcelona, Vicens Vives, 1972; FRADE MERINO, FERNANDO: *Introducción a la geopolítica*, Madrid, CBE, 1968. SALGADO ALBA, JESÚS: «Las Doctrinas Geopolíticas Francésas», *Geopolítica y geoestrategia*, vol. II, Universidad de Zaragoza, 1965. Recientemente, MESTRE VIVES, TOMÁS: «De la geopolítica y la geoestrategia», *Bol. Inf. CESEDEN* núm. 125-IV, marzo 1979. También, MESA, ROBERTO: *Teoría y práctica de las relaciones internacionales*, Madrid, Taurus, 1977, pp. 183 y ss.

cuyo poderío convencional carecía entonces de contrapartida válida en el teatro europeo².

Aunque la presión de la Unión Soviética tratase de ser compensada inicialmente por las democracias europeas mediante un acelerado proceso de integración –cuya manifestación más patente en el plano defensivo sería la creación de la Organización de Defensa de la Unión Occidental por el Tratado de Bruselas de 17 de marzo de 1948–³, su agobiante falta de recursos les impuso la necesidad de recurrir a la ayuda americana para contrarrestar el riesgo de su derrumbe político-estratégico⁴.

La apertura del bloqueo de Berlín por la URSS en la primavera de 1948 y la coetánea agudización de la desestabilización interna en los diferentes Estados europeos –singularmente en aquellos situados en la cuenca mediterránea– vencieron la reticencia estadounidense a un compromiso de asistencia formal con Europa Occidental, concluyéndose finalmente a instancia europea el Tratado de Washington de 9 de abril de 1949⁵.

El Tratado del Atlántico Norte estableció un sistema de seguridad colectiva de alcance regional garante de la defensa occidental. A su servicio

² «Apenas terminada la guerra –refiere Revel–, las Fuerzas aliadas occidentales son rápidamente desmovilizadas: pasan de cinco millones a menos de novecientos mil hombres, mientras que el Ejército Rojo –cuatro millones de hombres– se mantiene en pie de guerra. Desde 1946 al golpe de Praga, de la primavera de 1948, la Unión Soviética extiende su dominio militar sobre casi un centenar de millones de hombres, desde Alemania Oriental a Polonia, por el Norte, hasta Albania y Bulgaria, por el Sur.» REVEL, JEAN FRANÇOIS: *Cómo terminan las democracias*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 250.

³ Para su texto, GARCÍA ARIAS, LUIS: *Corpus Iuris Gentium*, Zaragoza, 1968, pp. 216 y ss. Actualmente, dicha añeja organización internacional regional europea ofrece perspectivas de revitalización. «La Unión Europea Occidental –manifestaba el, en su día, primer ministro galo Pierre Mauroy– ofrece una estructura única para consultas que, además, resulta coherente con nuestros propósitos generales. Esto se debe a que todos sus miembros pertenecen a la Alianza Atlántica, a la Comunidad Económica Europea y sólo los Estados europeos son miembros. Francia considera que la solidaridad europea enriquece la solidaridad atlántica, sin que ambas se confundan. La similitud de los problemas geoestratégicos a que se enfrentan los países europeos han de llevarlos a tomar decisiones específicas conjuntas. La UEO puede llegar a ser, en este aspecto, un foro de reflexión privilegiado.» MAUROY, PIERRE: «Francia y la seguridad occidental», *Revista de la OTAN* núm. 7, 1983, p. 24. España parece que podría cooperar en cierta medida al fortalecimiento de la UEO. Así, el presidente González, durante su alocución inicial a la Cámara de los Diputados durante la sesión inaugural del debate sobre el estado de la Nación el día 23 de octubre de 1984, manifestaba que «España no forma parte de la Unión Europea Occidental en materia de defensa, siendo ésta la única Organización –se sobreentiende que de ámbito europeo– que tiene competencias en esa materia. En mi opinión –precisó–, la participación de España sería deseable, aunque hay que ver, creo, antes los resultados de nuestro proceso de integración en Europa.» Cit. *El País*, 24-X-1984, p. 14. «Con el limitado objetivo –según Perú Egurbide– de constituir un foro permanente de debates sobre la seguridad de Europa y la cooperación europea en materia de armamentos», se celebró en Roma, durante los días 26 y 27 de octubre de 1984, la reunión de los ministros de Defensa y Asuntos Exteriores de la UEO, que acogieron explícita o implícitamente la intención española. Por otra parte, a raíz de su comunicado final –la Declaración de Roma–, la UEO parece decantarse como un lobby en materia de defensa destinado a ejercer presión en defensa de los intereses europeos en el marco de la OTAN. Al respecto, EGURBIDE, PERÚ: «La UEO se relanza en Roma como un lobby de defensa», *El País*, 28-X-1984, p. 9. En cualquier caso, para algún analista dicho propósito español es en realidad «un intento de apuntar que lo que interesa de la OTAN no es su vinculación con los Estados Unidos, sino sus posibilidades europeístas». VILANOVA, PERE: «Una gran operación, y, sin embargo...», *El País*, 2-XI-1984, p. 14.

⁴ Para unas recientes consideraciones acerca de la raíz defensiva del proceso de integración europea, Lord CARRINGTON: «La ausencia de estrategia política coherente: una causa de fricción», *Revista de la OTAN*, núm. 4, noviembre 1983, pp. 1 y 2.

⁵ Su texto en MESA, ROBERTO: *La Sociedad Internacional Contemporánea, II. Documentos básicos*. Madrid, Taurus, 1983, pp. 293 y ss. Para examinar el Instrumento de Adhesión del Reino de España al Tratado del Atlántico Norte, de fecha 30 de mayo de 1982, vid. *BOE* núm. 129/1982.

y en función de la asistencia mutua prevista por su artículo 5.º, en caso de ataque armado contra cualquier Estado-Parte en dicho Acuerdo, siempre que la agresión se produjese en el interior del perímetro defensivo señalado en su artículo 6.º, se desarrollaría progresivamente una compleja estructura político-militar de carácter permanente: la OTAN⁶.

La creación de la Alianza Atlántica en los albores de la guerra fría soslayó, pues, cualquier atisbo de determinismo geopolítico en la evolución de la Sociedad internacional. Así, el amplio margen de seguridad estratégica derivado de la disuasión –articulada durante los años 50 mediante la amenaza de «represalias masivas» en caso de ataque convencional o nuclear proveniente del Este– que el poderío atómico estadounidense otorgó a Europa Occidental conjuró en dicho teatro y por espacio de una década el expansionismo universal de corte imperial de la Unión Soviética⁷.

Sin embargo, la consecución de explosivos nucleares y termonucleares y el logro de vectores de largo alcance por la URSS provocaría la quiebra –en particular, a raíz de la crisis de Cuba de octubre de 1962– del diseño estratégico-disuasivo contraciudad acuñado por los Estados Unidos durante la época de su monopolio atómico e introdujo a partir de entonces abundantes interrogantes acerca del grado y la eficacia del compromiso norteamericano en la defensa de Europa⁸.

La rotura del otrora absoluto aislacionismo estratégico de los Estados Unidos y su propósito de obviar la parálisis política consecuencia de su empate nuclear con la Unión Soviética presuponían necesariamente la revisión de los postulados estratégicos de la OTAN, en la medida en que su

⁶ En cierto sentido, en cuanto introduce un cierto marco de estabilidad al estructurar la Sociedad internacional, podría ser plausible la afirmación de que «la Alianza Atlántica es la piedra angular, no solamente de la seguridad de Europa, sino del orden mundial». OLSEN, ROBERT L.: «La Comunidad democrática se enfrenta a un nuevo desafío: el hundimiento del Sistema internacional». *Revista de la OTAN*, núm. 4, noviembre, 1983, p. 17. Para un análisis de las circunstancias que rodearon su origen, DELMAS, CLAUDE: «4-IV-1949. Hace treinta años... el Tratado de Washington». *Bol. Inf. CFSEDEN*, núm. 129-X, agosto-septiembre, 1979, pp. 2 y 3.

⁷ «La delegación soviética –manifestaba ante la Asamblea General de las Naciones Unidas Paul-Henri Spaak–, no debe buscar explicaciones complicadas a nuestra política de defensa en la Alianza. ¿Saben ustedes cuál es la base de nuestra política? Es el miedo. El miedo a ustedes. El miedo a su Gobierno. El miedo a su política.» Cit. SALGADO ALBA: «OTAN–Pacto de Varsovia: Las alternativas de España». *Revista General de Marina*, t. 206, abril 1984, p. 482. Así, citando a Ranke, Tomás Mestre advierte que «cuando aún no se hablaba de geopolítica, ya se afirmaba que no está en la naturaleza de las Potencias predominantes ponerse límites a sí mismas; los límites deben serles puestos. He aquí una regla de oro de la política internacional». MESTRE VIVES: *La Política Internacional como Política de Poder*. Barcelona, Labor, 1978, p. 390.

⁸ Nuestra doctrina ha fijado muy recientemente su atención en dicha cuestión. «Nunca, en efecto –señala José María de Areilza–, se llegó al meollo de la irresuelta cuestión: los Estados Unidos, ¿protegen a las naciones del Pacto Atlántico hasta el riesgo máximo de poner en peligro su propio territorio desde que comenzase una ofensiva del adversario o, por el contrario, habría por parte de ellos una respuesta flexible y gradual capaz de dar tiempo a la negociación y al alto el fuego, pero con una guerra mientras tanto asoladora, que acabaría con gran parte de las ciudades e industrias europeas?». AREILZA, JOSÉ MARÍA DE: *Memorias Exteriores 1947-1964*. Barcelona, Planeta, 1984, p. 168. Por otra parte, «el que la Unión Soviética alcanzara la paridad estratégica unido a su tradicional superioridad en fuerzas convencionales y, más tarde, nucleares de teatro –señala Angel Viñas–, ha puesto también en entredicho la doctrina del *first-use* por parte de la Alianza como respuesta a una eventual agresión del Este». VIÑAS, ANGEL: «Estrategia nacional y entorno exterior: el caso de España». *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 5, núm. 1, enero-marzo, 1984, pp. 83 y 84.

nuevo concepto disuasivo básico –la «respuesta flexible» es todavía su doctrina oficial vigente–, adoptado a propuesta norteamericana, hacia asumible la guerra nuclear al circunscribirla teóricamente a un específico teatro de operaciones ajeno a las superpotencias.

La inversión estratégica implícita en el nuevo esquema disuasivo de la Alianza Atlántica, caracterizada por la noción de guerra nuclear limitada y por la aparición del arma nuclear táctica, originó en su seno profundas discrepancias doctrinales y disensiones políticas –cuyo hito sería en marzo de 1966 el ademán de salida de Francia de la OTAN y la retirada de las unidades galas de su Mando militar integrado⁹–, al apuntarse la posibilidad de que la guerra recuperase en la era nuclear el protagonismo perdido frente a la disuasión como instrumento habitual de la política internacional.

Los Estados Unidos postulaban la flexibilidad de la herramienta disuasiva aliada y la persistencia de su poder de decisión sobre la misma a fin de asegurarse, sobre todo en tiempo de crisis, la máxima capacidad de maniobra político-estratégica global frente al creciente afán expansionista y diversificado poderío militar de la URSS.

No obstante, sus aliados europeos mostrarían repetida y públicamente su reticencia a la adopción de la «respuesta flexible» como doctrina estratégica de la OTAN, al entender que su gradual activación rebajaba el umbral estratégico-disuasivo y admitía la batalla nuclear-táctica sobre el viejo continente –cuya integridad territorial y libertad política eran precisamente la razón de ser de la Alianza– y, sobre todo, porque percibían que no garantizaba la oportunidad, efectividad y cumplimiento del proceso de escalada prometido, al quedar siempre sometido aquél al veto político norteamericano mediante el complejo mecanismo decisorio de la «doble llave»¹⁰.

Francia emprende así la vía de su desatelerización estratégica y se reafirma en la senda de la proliferación nuclear –potenciada por el adverso resultado de la crisis de Suez de 1956, decantada por el unilateral comportamiento norteamericano durante el episodio cubano y afirmada por el fracaso de la propuesta estadounidense acerca de la creación de la Fuerza Multilateral¹¹–, a través de la puesta a punto de su *force de frappe*, cuyo despliegue contraciudad bajo un modelo de disuasión mínima y respuesta automática responde primordialmente a la santuarización de su territorio.

El debate sobre los respectivos diseños estratégicos francés y norteamericano se centra en realidad sobre su idoneidad para la seguridad europea. Así, mientras el modelo de disuasión mínima acuñado por Francia basa su

⁹ Al respecto, entre nuestros autores, CHUECA SANCHO, ANGEL G.: *Francia ante la unión política de Europa*. Barcelona, Bosch, 1979, pp. 186 y ss.

¹⁰ Sobre el particular, DELMAS, *op. cit.*, p. 6

¹¹ Acerca de dicha divergencia, BEAUFRE, ANDRE: *La OTAN y Europa*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1971, pp. 76 y 81.

garantía estratégica –al precio de su suicidio– en su rígida capacidad de irrentabilizar la agresión al ser susceptible de provocar daños inaceptables a su autor, el planeamiento de disuasión máxima ofertado por los Estados Unidos y aceptado por la Alianza Atlántica bajo su modalidad de «defensa avanzada», responde al propósito de moderar la virulencia del conflicto –al someter hipotéticamente su desarrollo a fases graduales (convencional, atómico-táctica y estratégico-esotérica, bien contrafuerzas o contraciudad)– y limitar inicialmente aquél a un ámbito regional, en el que presumiblemente quedaría comprendido total o parcialmente el suelo europeo.

Pese a la sustancial disimilitud de dichas ofertas estratégicas, la disuasión occidental ha contribuido decisivamente hasta la fecha a mantener la paz, debido sin duda a la esotérica combinación y a la proyección sobre la URSS de los esquemas disuasivos de naturaleza mínima y máxima desplegados unilateral o colectivamente para la defensa de Europa y provinientes de uno y otro lado del Atlántico ¹².

¹² La Fuerza Nuclear Estratégica británica, desarrollada con ayuda norteamericana sobre las premisas del Acuerdo de Nassau de 21 de diciembre de 1962, suscrito entre Estados Unidos y Gran Bretaña, se haya integrada en la actualidad por cuatro SSBN's «Repulse», «Resolution», «Revenge» y «Renown», dotados cada uno de ellos con 16 SLBM's «Polaris A-3». Su alcance es de 4.600 km. y son portadores de tres cabezas MRV's de 200 Kt., o dotados de las nuevas cabezas de combate «Chevaline», que les permitirá incorporar hasta seis MIRV's o bien, están siendo objeto de una profunda reforma a fin de permitir la entrada en servicio de los nuevos SLBM's «Trident B, D», dotados de las nuevas cabezas de combate «Chevaline», que les permitirá incorporar hasta seis MIRV's o bien, nuevas ayudas para la penetración, en sustitución de las actuales MRV's. Por otra parte, el Reino Unido ha decidido recientemente renovar totalmente dicho binomio, al incorporarse en un futuro no lejano los nuevos «Trident II (D-5)». Dicha opción, que había suscitado considerables críticas incluso en el Partido Conservador británico con ocasión de la guerra de las Malvinas, se mantuvo con posterioridad. «El Gobierno de Su Majestad –dijo John Nott, ministro de Defensa británico–, está convencido que únicamente el Trident –el modelo D-5 que equipará a sus nuevos SSBN's será portador de catorce cabezas independientes o señuelos y su alcance será de 10.000 Km.–, es capaz de proporcionar una disuasión nuclear creíble hasta el año 2000 y más allá.» Cit. RAMÍREZ SINEIRO, JOSÉ MANUEL: «Crisis Estratégica y Seguridad Regional: contexto y perspectivas de un debate contemporáneo (Reflexiones sobre España)». *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 5, núm. 2, abril-junio, 1984, pp. 417 y 418 *in fine*. La noción de la *force de frappe* –cuyo origen se remonta a la IV República y, en concreto, al periodo en que Pierre Mendes-France estuvo al frente de la misma–, fue enunciada por De Gaulle en su discurso a la Nación de 3 de noviembre de 1959: «Es necesario proveernos de lo que se ha denominado una fuerza de choque susceptible de ser desplegada en cualquier momento y lugar. Resulta evidente que la base de esta fuerza será un arma atómica.» Cit. BUSS, GEORGE: «Francia y la OTAN», *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 108-1, marzo, 1976, p. 6. La *force de frappe* está actualmente integrada por distintas unidades de la Armada y el Ejército del Aire galos. Su principal componente está constituido por la «Fuerza Estratégica Oceánica» (FOST), sobre la que descansa el peso de la disuasión mínima sobre la noción de una respuesta contraciudad contra un eventual agresor. Se encuentra integrada por cinco SSBN's «Le Redoutable», «Le Terrible», «Le Foudroyant», «L'Indomptable» y «Le Tonnant», y recibirá en 1985 un nuevo sumergible: «L'Inflexible». Cada uno de los SSBN's actualmente en servicio porta 16 SLBM's «M-20», de 1 Mt. de potencia y de 3.500 Km. de alcance. A partir de 1984 serán remodelados dichos sumergibles a fin de recibir el nuevo SLBM «M-4», que incorporará tecnología M.R.V. y seis ojivas nucleares, con 150 Kt. cada una; asimismo, su alcance se incrementará hasta los 4.000 Km. Este programa experimentará en 1994 una substancial mejora con la incorporación de un séptimo SSBN: «Le Coelecanthe». Dicho submarino inaugurará una nueva serie actualmente en estudio, y portará el nuevo SLBM «M-5» –ahora en proyecto–, que también incorporará cabezas múltiples, aunque ya con tecnología MIRV. Como dice Obrador Serra, «una flota submarina de siete unidades permite tener permanentemente tres en la mar de patrulla, dos listas para zarpar en breve plazo y las otras dos en gran reparación o modernización». OBRADOR SERRA, FRANCISCO: «Seguridad», *Revista General de Marina*, t. 203, diciembre, 1982, p. 554. En la altiplanicie de Albión (Alta Provenza) –enormemente próxima a los Pirineos a los efectos de contaminación por lluvia radioactiva en caso de un ataque estratégico preventivo y contrafuerzas– tienen sus asentamientos los dos escuadrones de 9 IRBM's cada uno a cargo del Ejército del Aire francés. Su vector –recientemente modernizado– es el «S-3», portador de una cabeza de 1,2 Mt. y cuyo alcance se cifra en 3.300 Km. El Ejército del Aire galo cuenta también con un mando nuclear estratégico integrado por nueve escuadrones de

Sin embargo, el crecimiento cuantitativo y cualitativo del poderío militar de la URSS genera –en particular a raíz de la aparición de categorías estratégicas contrafuerzas en el ámbito regional europeo derivadas de la unilateral introducción por su parte, en agosto de 1976, de vectores estratégicos de alcance intermedio y naturaleza puntual (los «SS-20»)– una crisis sin precedentes del diseño estratégico-disuasivo de Occidente.

El acelerado despliegue por la Unión Soviética de nuevos vectores de teatro de corto, medio y largo alcance le confiere una elevada capacidad potencial de neutralizar mediante una descarga estratégica de carácter contrafuerzas y alcance regional el dispositivo disuasivo avanzado y los centros de mando, control, comunicaciones (C³ I) y evaluación de información de la OTAN en territorio europeo, al poder ser batidos aquéllos por sorpresa y con un escaso margen de alerta previa.

La generalizada percepción en Europa durante el último lustro de la situación de inseguridad por la que atravesaban sus diferentes Estados generó en los mismos un amplio debate de enormes repercusiones internas –a menudo objeto de diversas e interesadas manipulaciones– e internacionales acerca de las diferentes opciones en materia de seguridad y defensa que se le ofrecían al viejo continente.

El análisis de las perspectivas de seguridad europea arroja la existencia, junto a la alternativa atlántica –propuesta por los Estados Unidos y aceptada por la OTAN bajo el tradicional esquema disuasivo de la «respuesta flexible» y la «defensa avanzada», sin duda remozado con categorías contrafuerzas por la «doble decisión» de 12 de diciembre de 1979–, de una opción nacional –representada por los poderes nucleares autónomos de Francia y Reino Unido–, configurada como plausible embrión y futuro núcleo de la defensa europea.

Así, la continuidad política europea depende sobre todo de la credibilidad psicológica de la disuasión occidental durante el tránsito de su actual modelo estratégico principal de diseño norteamericano –bien definido, aunque a menudo incoherente con su objetivo de asegurar la supervivencia de Europa– a un esquema disuasivo de raíces netamente europeas falto todavía de contenido político y de suficiente diversificación estratégica.

Las nuevas líneas del pensamiento estratégico de la Alianza Atlántica, derivadas del acelerado proceso de saturación estratégico-tecnológica, ¿contri-

aparatos «Mirage IV-A», con un total de treinta y cuatro aparatos asignados a funciones de bombardeo estratégico. Están equipados con la bomba termonuclear «AN-22», de potencia megatónica. Su radio de acción es de 3.200 Km., contando además Francia con 11 aparatos de reabastecimiento en vuelo «KC 135-F» que pueden doblar su autonomía. Por otra parte, se prevé que a lo largo de la presente década la Fuerza Aérea Estratégica francesa reciba los nuevos «Mirage 2.000», que operarán en combinación con el nuevo A.L.C.M. «Hades», actualmente en proyecto, que estará armado con una cabeza de 150 Kt. y cuyo alcance se cifra en los 2.000 Km. Sobre el particular, RAMÍREZ: «Proliferación Nuclear: ¿Alternativa o quiebra de un sistema internacional en crisis?», *Anuario de la Facultad de Derecho*. Universidad de Extremadura (Cáceres), núm. 2, año 1983, pp. 477, 478 y 479.

buyen realmente a fortalecer la disuasión y a impedir la posibilidad de conflicto bélico en Europa o, por el contrario, se corresponden mejor con la asunción de modalidades de conflicto presumiblemente limitadas? El repaso de las vicisitudes de su doctrina estratégica quizás permita arrojar alguna luz sobre semejante interrogante.

II. ORÍGENES

La oferta defensiva norteamericana a Europa en el marco de seguridad colectiva de la Alianza Atlántica está representada históricamente por dos modelos estratégico-disuasivos bien definidos –la «represalia masiva» y la «respuesta flexible»–, cuyo respectivo despliegue durante los años cincuenta y a partir del inicio de la década de los sesenta se corresponde con la detentación y la pérdida de la supremacía estratégica global de los Estados Unidos frente a la URSS.

En realidad, hasta la crisis de Cuba de octubre de 1962, la doctrina estratégica de los Estados Unidos –el efectivo respaldo político-militar de las tesis del «containment»– fue la «represalia masiva». Así, escribía en 1949 el senador Brien McMahon, «el bombardeo estratégico con armas nucleares es la piedra angular de nuestra política militar y de nuestra política extranjera»¹³.

«La defensa de los países bajo la amenaza comunista –manifestaba a principios de 1954 el entonces secretario de Estado John F. Dulles– no podía circunscribirse al uso de fuerzas convencionales, sino que tendría que ser reforzada por los Estados Unidos con la amenaza de emplear, en el lugar y con la intensidad necesarios, su poder de represalia masiva»¹⁴.

Se imponen, pues, los criterios estratégicos que primaban el poder aéreo. El SAC y la Rand Corporation diseñan entonces una estrategia de «cerco mundial» del territorio soviético mediante el despliegue alrededor de sus fronteras de una vasta red de bases avanzadas que servirían de partida o apoyo a los bombarderos estratégicos norteamericanos –primero «B-29», «B-36» y «B-47» y luego «B-52»–, cuyas cargas atómicas y termonucleares y cuyo largo radio de acción potenciaban entonces la vulnerabilidad estratégica de la Unión Soviética¹⁵.

¹³ Cit. PRINGLE, PETER-SPIEGELMAN, JAMES: *Los Barones Nucleares*, Barcelona, Planeta, 1984, p. 70.

¹⁴ Cit. RAMÍREZ: «Soberanía Nacional y Estrategia Esotérica», *Memoria doctoral*, Santiago de Compostela, 1983, p. 175.

¹⁵ Para un examen del planeamiento estratégico norteamericano de la época y sus condicionantes geoestratégicos y geopolíticos, DE SEVERSKY, ALEXANDER: *El poder aéreo, clave de la supervivencia*, Buenos Aires, CMA, 1951, pp. 715 y ss. También SLESSOR, JOHN: *Estrategia for the west*, New York, Morrow and Co., 1956, pp. 56 y ss. Asimismo DULLES, JOHN F.: «The Doctrine of the Massive Retaliation», *American Defense Policy*, Baltimore & London, The John's Hopkins University, III edition, 1977, pp. 62 y ss. Respecto a su incidencia en el establecimiento de las bases norteamericanas en España, en cuanto integrantes de la cadena estratégica que cercaba

Dicho planeamiento respondía a un determinado contexto político-estratégico. Los Estados Unidos, involucrados al principio de la década de los años cincuenta en la guerra de Corea, no podían dejar desatendida la defensa de Europa, dado que sus Estados eran entonces incapaces de hacer frente por sí solos al potencial militar soviético, sin desmovilizar prácticamente desde el final de la II Guerra Mundial.

Una defensa mediante medios convencionales requeriría –en un momento de crisis económica e inestabilidad política, solamente superadas merced a la masiva ayuda americana a través del «Plan Marsall»– gravosas cargas impositivas e impopulares prestaciones personales en un continente recientemente devastado por la guerra. El planeamiento de una defensa clásica de Europa se revelaba así políticamente inviable.

Se optó entonces, tanto por razones de política interna norteamericana como por el fortalecimiento de las relaciones atlánticas, por una defensa occidental basada en la espada nuclear. La «represalia masiva» de la fuerza nuclear estratégica estadounidense se activaría en caso de cualquier veleidad militar soviética contra Europa occidental. El pensamiento estratégico norteamericano alumbró los supuestos –teóricamente aún en vigor– que significarían el inicio de una guerra nuclear: el ataque, conjunta o aisladamente, a los Estados Unidos o a Europa ¹⁶.

Así, la disuasión se sustentó a lo largo de una década sobre la intangibilidad de la doctrina «Dulles». Sus características esenciales –umbral nuclear mínimo y nivel de disuasión máximo– serían también sus principales quiebras conceptuales, ya que semejante planeamiento conllevaba una política falta de flexibilidad y una rigidez estratégica susceptible de empeñarse en una puesta esotérico-total a poco que una crisis se endureciese.

La estrategia de la «represalia masiva», dado lo absoluto de la amenaza –el holocausto total–, establecía un nivel de disuasión máximo. Sin embargo, el riesgo intrínsecamente asumido era demasiado alto, lo que hacía enormemente aleatorio el manejo con fines políticos de la panoplia atómica. Por ello, pronto no faltaron críticos perspicaces que reseñasen las carencias políticas de dicha doctrina ¹⁷.

radialmente a la URSS, VIÑAS, ANGEL: *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos (Bases, ayuda económica, recortes de soberanía)*. Barcelona, Grijalbo, 1981, pp. 236 y 237. También recientemente, VIÑAS: «España-Estados Unidos 1953-1983», *El País*, 19-VI-1983, p. 18.

¹⁶ «El concepto estratégico desarrollado por la recién creada OTAN mostraba el compromiso americano en la defensa de Europa. Tras su aprobación por el presidente Truman el 27 de enero de 1950, su plan pedía a cada miembro que asumiese exclusivamente aquellos cometidos para los cuales estuviese mejor capacitado, a tenor de su situación y posibilidades. La principal responsabilidad de los Estados Unidos era el bombardeo estratégico –con todo tipo de armas– y la cooperación con Gran Bretaña para asegurar las derrotas aéreas y marítimas. Asimismo, se estipulaba que el grueso de las fuerzas provendría de las naciones europeas y que otras naciones proporcionarían ayuda con el menor retraso posible de acuerdo con los planes generales.» HENRICKSON, ALAN K.: «La reacción de la OTAN: 1948-1952», *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 152-VIII, febrero, 1982, p. 35.

¹⁷ Dichas críticas se formularon tanto desde perspectivas civiles como militares. Así, KISSINGER, HENRY A.: *Armas nucleares y política internacional*. Madrid, Rialp, 1962, pp. 51 y ss. También, GAVIN, JAMES A.: *War and peace in the nuclear age*. New York, Morrow & Co., 1958, p. 13.

«La base de la estrategia en la era nuclear –afirmaba Henry A. Kissinger– consiste en establecer una relación entre una política de disuasión y una estrategia, a fin de librar una guerra en caso de que aquélla falle. Desde el punto de vista del agresor, la disuasión máxima puede equipararse a la amenaza de destrucción máxima. Desde la óptica de una potencia preparándose para resistir una agresión, la estrategia óptima es la que consigue sus objetivos a un coste mínimo. Así, la finalidad de cualquier doctrina estratégico-nuclear consiste en conseguir el máximo de disuasión, pero con un mínimo riesgo»¹⁸.

En tanto se mantuvo el aislacionismo estratégico norteamericano, el enorme riesgo derivado del pulso soviético-norteamericano fue decididamente afrontado por los europeos, conscientes de estar protegidos por el «paraguas» estratégico de los Estados Unidos, susceptible entonces de dar una respuesta o una advertencia devastadora a cualquier amenaza, presumible o efectiva.

La disuasión inherente a una estrategia de «represalia masiva» sólo podía ejercerse por aquel Estado que tuviese un poderío estratégico absoluto y que, a su vez, no pudiese ser objeto de chantaje desde una posición estratégica siquiera equiparable. «Los norteamericanos –señala Romero– se hicieron así aún más aprensivos tanto sobre la necesidad de conservar su superioridad estratégica como acerca del peligro de que la URSS pudiese acortar la distancia tecnológica que les separaba»¹⁹.

Se hace, pues, perfectamente explicable el impacto que en los círculos estratégicos norteamericanos tuvo la puesta en órbita del primer ingenio espacial soviético –el «Sputnik»–, el día 4 de octubre de 1957. Curtiss Le May declaró que, «a partir de entonces, la URSS era más fuerte que los Estados Unidos en poder aéreo de gran radio de acción y que de ello se desprendía que, si era más fuerte, podía sentirse impulsada a atacar»²⁰.

La equiparación estratégica final de los Grandes tuvo consecuencias decisivas. Al hacerse factible la aniquilación mutua, ambos contendientes

¹⁸ KISSINGER, *op. cit.*, p. 163.

¹⁹ ROMERO, ANIBAL: *Estrategia y política en la era nuclear*. Madrid, Tecnos, 1979, p. 75.

²⁰ Cit. KISSINGER: *Op. cit.*, p. 158. «El 27 de agosto de 1957 –refiere Mario Accasto– la agencia soviética TASS difundía un comunicado anunciando el primer lanzamiento mundial el día anterior de un misil capaz de transportar 400 Tm. a 10.000 Km. de distancia –es decir, un ICBM– lo que significaba el fin de la invulnerabilidad del territorio americano. Si antes existía la amenaza de los bombarderos, ésta no era nada comparable con la de un misil, que no podía entonces ser interceptado de ninguna manera... Pese a que el 21 de noviembre de 1957 –apenas tres meses después del exitoso lanzamiento del primer ICBM soviético– Foster Dulles declarase que la respuesta americana a un ataque soviético sería total, dichas palabras fueron la última afirmación americana de este género, puesto que se arriesgaban a quedar fuera de lugar teniendo en cuenta los riesgos que suponían». ACCASTO, MARIO: «La OTAN y el Pacto de Varsovia en los últimos veinte años» *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 154-I, abril, 1982, p. 16. En realidad, como afirma Barcia García-Villamil, «el primer cohete americano de alcance intermedio (IRBM), ensayado con éxito fue el "Júpiter", que el 5 de julio de 1957 hizo un vuelo de 1.000 millas. Sin embargo, los rusos probaron con éxito su primer cohete intercontinental (ICBM) el 26 de agosto de ese mismo año. Durante quince meses, el Pentágono contuvo el aliento. Sólo el 28 de noviembre de 1958 pudo respirar a gusto al realizar un vuelo de 6.325 millas, desde Cabo Canaveral hasta la isla de Ascensión, su primer ICBM Atlas». BARCIA GARCÍA-VILLAMIL, EMILIO: *SALT*. Madrid, MAE-OID, 1981, pp. 100 y 101.

advirtieron la imposibilidad de ganar nada en cualquier conflicto real a nivel esotérico. Sin embargo –en particular los soviéticos–, percibieron la posibilidad de obtener frutos políticos complementarios y de alterar a su favor el sistema internacional mediante una política estratégica y una disuasión conducidas ofensivamente.

La URSS manejó con sumo éxito el factor político de su componente nuclear. Pese a su inferioridad estratégica, apuntaló paulatinamente su capacidad atómico-estratégica hasta contar también con una base avanzada. Instalada aquélla en Cuba, era indudable que se resentiría el «interés vital» estadounidense²¹.

Los Estados Unidos perdieron a partir de octubre de 1962 su indiscutible supremacía político-estratégica anterior. La doctrina «Dulles», al carecer de la teórica posibilidad de practicar un «ataque preventivo» por haber sido hecho efectivo por la URSS el empate nuclear, se convirtió en la práctica en un planteamiento rígido, irreal e inaplicable, que produjo sobre todo una acusada sensación de parálisis política ante perturbaciones secundarias del orden internacional.

III. DESARROLLO

La diversificación cualitativa y cuantitativa de la panoplia nuclear y la pérdida de su monopolio produjo en los Estados Unidos la reacción de diferentes autores frente a una política exterior demasiado condicionada por los fervores abstractos de la disuasión y la guerra fría. El diseño estratégico norteamericano bascula entonces desde una concepción rígida, basada en el todo o nada nuclear, hacia criterios proclives a una mayor conexión entre estrategia y diplomacia.

²¹ «Son vitales –dice Brodie– los intereses por cuya preservación estamos dispuestos a luchar. Por ellos estamos dispuestos a alguna clase de acción militar o a amenazar con ella, incluida si es necesario –y es de esperar que sólo si el interés es suficientemente vital– la guerra total.» BRODIE, BERNARD: *Guerra y política*. México, FCE, 1979, pp. 330 y 332. En Cuba se llegaron a emplazar 48 MRBM's «SS-4 Sandal» y 24 IRBM's «SS-5 Skean». Aunque la cabeza de ambos tipos era megatónica, su alcance difería. Los primeros llegaban a 1.920 Km. de distancia, mientras que los segundos alcanzaban los 3.680 Km., con lo que en la práctica toda la costa Este y los grandes núcleos industriales del Norte de los Estados Unidos –además de Centroamérica y la zona del Canal– quedaban bajo su fuego. Sobre el particular, ALLISON, GRAHAM T.: *Essence of Decision. Explaining the Cuban Missile Crisis*. Boston, Boston University Press, 1971. Cit. ARON, RAYMOND: *La República imperial. Los Estados Unidos en el mundo*. Madrid, Alianza Editorial, 1976, p. 370. Sin embargo, los expertos distan de haberse puesto de acuerdo sobre si la totalidad de los misiles desplegados en Cuba alcanzaban tal número y aún acerca del estado operacional de los mismos. Así, FLUME, W.: «El balance de las Fuerzas OTAN-Pacto de Varsovia», *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 153-VII, marzo, 1982, pp. 26 y 27. A la postre, para proteger precisamente los asentamientos de misiles, se estableció en Cuba un complejo de defensa aérea integrado por misiles SAM «SA-2 Guidcline» y aparatos interceptadores «MIG-21» –ambos en principio bajo control de personal soviético– que después de la crisis fueron paulatinamente transferidos a manos cubanas. Además, se cedieron a Cuba unas docenas de bombarderos «IL-28», entonces ya anticuados y cuyo proceso de fabricación estaba ya cerrado, capaces no obstante de transportar bombas atómicas. Al respecto, KHRUSCHEV, NIKITA: *Khrushchev remembers*. New York, Little, Brown & Co., 1970, pp. 503 y 504.

«Al pensamiento estratégico –afirma Kissinger– le incumbe definir los objetivos que merecen ser alcanzados y el grado necesario de fuerza que ha de emplearse para ello»²². Se admite pues la existencia de objetivos políticos en cuya consecución no deberá empeñarse más que un cúmulo de poder militar determinado, pero sin llegar nunca a la barrera del absoluto estratégico²³.

Desde la óptica norteamericana se trataba evidentemente de desconectar la defensa de Europa y de los Estados Unidos. Pese a que se rebajase el umbral nuclear y que la discusión quedase deteriorada ante la aceptación de la batalla nuclear-táctica, las tesis estadounidenses se justifican –desde su particular punto de vista– por el hecho de que el intercambio atómico-táctico tendría por escenario suelo europeo, con exclusión en principio del territorio norteamericano.

El Plan NAG –elaborado en el seno de la OTAN– por un grupo específico de trabajo presidido por el general Gruenter a fin de estudiar la modificación del planeamiento defensivo de la Alianza Atlántica ante la posesión de armas nucleares por la URSS– contemplaba ya en 1954 la necesidad de una defensa escalonada del territorio europeo, inclusive mediante el empleo de las entonces incipientes armas nucleares tácticas²⁴.

Dicho modelo defensivo –señala Accasto– «enfaticaba la noción de pausa durante la conducción del conflicto y proponía una inmediata respuesta de fuerzas convencionales y armas nucleares tácticas ante una agresión proveniente del Este. Solamente en un estudio posterior de la lucha se recurriría al arma nuclear estratégica, es decir, al bombardeo de Moscú y demás centros vitales soviéticos»²⁵.

Aunque la noción de una disuasión escalonada todavía no se había abierto paso en la doctrina estratégica, se resaltaba ya el uso táctico del arma nuclear en un teatro de guerra determinado. A la vista de la aplastante superioridad convencional del ejército soviético estacionado en Europa Oriental, se

²² KISSINGER, *op. cit.*, p. 8.

²³ Nuestra doctrina asimiló pronto los delicados matices del novedoso diseño estratégico. Así, se decía, «es una tesis en la que se combinan la acción política con la bélica; en la que la decisión militar se adopta con vertiginosidad máxima, pero en donde la diplomacia actúa constantemente y dispone de momentos de tregua militar. Es un tratamiento de la guerra en fases sucesivas, en las que la intensidad de la acción militar aumenta progresivamente, esperando en todo momento no tener que desembocar en la guerra atómica total, en el holocausto universal». AGUILAR NAVARRO, MARIANO: «Régimen de Bases Militares y Coexistencia Nuclear». *Revista Española de Derecho Internacional*, vol. XV, julio-septiembre, núm. 3, 1962, p. 399.

²⁴ «El NAG estableció un nuevo concepto de defensa que se expuso ante los órganos de la Alianza y de los Estados de la misma con ocasión de la sesión ministerial del Consejo Atlántico de diciembre de 1954. Dicho estudio llevó a la definición de algunas características esenciales: a) La OTAN no daría nunca el primer paso, jamás sería la Alianza atacante. b) Se precisaba resistir en caso de ataque lo más al Este posible, puesto que no se podía pensar en perder parte del territorio de uno o más países con la táctica de la retirada y de la posterior reconquista. c) Era preciso crear instrumentos defensivos soportables por los distintos Erarios públicos. d) El plan defensivo de la Alianza para Europa debería ser un plan real y no producto de la lucubración de los Estados Mayores. Resistir lo más al Este posible quería decir –tomando en consideración el hecho de que la superioridad estratégico-convencional se inclinaba a favor de la URSS– prever la intervención masiva del arma nuclear.» ACCASTO, *op. cit.*, pp. 16 y 17.

²⁵ *Ibidem*, p. 17.

concede el arma nuclear táctica como el único elemento susceptible de nivelar el desequilibrio existente.

Se hizo necesario, pues, desarrollar una serie de cargas nucleares de potencial explosivo reducido²⁶. Ante la posibilidad de su empleo en el curso de la batalla se eliminaron la masificación y amplitud indiscriminadas propias de niveles estratégicos. Se polarizaron algunos de sus efectos, apareciendo distintas generaciones de armas «limpias» –de radiación residual reducida (RRR), o de explosión incentivada– y «sucias» –de radiación residual intensiva (RRI), o de efectos radiactivos potenciados–, de los que la bomba de neutrones es su mejor exponente²⁷.

Aunque estas tesis quedaron oscurecidas durante casi una década por el predominio de la doctrina Dulles²⁸, el absoluto predominio de la URSS en medios convencionales, su empate estratégico con los Estados Unidos y el acceso a la nueva tecnología de la miniaturización del explosivo nuclear propiciaron los nuevos postulados. La Alianza Atlántica contó así, siempre bajo control norteamericano, con la nueva generación –minas terrestres, obuses de 203 milímetros y bombas de aviación– de armas nucleares de campo de batalla²⁹.

Sobre la base de un instrumental atómico cualitativamente diferenciado, el general Maxwell D. Taylor acuñó el término «respuesta flexible» y señaló sin ambages las lagunas de la «represalia masiva», «cuya formulación –dijo– se mantenía incluso a costa de formas de poderío más utilizables, incluidas las armas convencionales y las nucleares tácticas»³⁰.

²⁶ Al respecto, en nuestra reciente doctrina, Comisión «El Cid»: «La Guerra Nuclear Táctica (III)». *Defensa*, núm. 11, marzo, 1979, pp. 26 y ss.

²⁷ En relación a su despliegue y eventual uso en el teatro europeo, KAPLAN, FRED M.: «Armas de radiación intensiva». *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 124-IV, octubre, 1978. Por lo que se refiere al despliegue y utilización del arma nuclear táctica en el curso de la «batalla» en Europa, GENESTE, MARC: «Blitzkrieg nuclear y Disuasión». *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 111-V, junio-julio, 1977.

²⁸ «A pesar de las recomendaciones que aconsejaban dar cierta flexibilidad al empleo de las armas convencionales y atómicas en las fuerzas de choque, la Administración Eisenhower-Dulles –refiere Wolfgang Pordzik– relanza la doctrina de la represalia masiva como concepto oficial de la Defensa norteamericana.» PORDZIK, WOLFGANG: «Los antecedentes de las armas nucleares tácticas». *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 135-V, abril, 1980, p. 5.

²⁹ «Al mismo tiempo –señala Accasto– los Estados Unidos habían desarrollado su primera familia de misiles IRBM's. El 19 de diciembre de 1957 –una vez que la URSS había puesto en órbita el Sputnik– el Consejo Atlántico adoptó el principio de su instalación en aquellos Estados dispuestos a aceptarlos. El control de su empleo se llevaría a cabo mediante acuerdos bilaterales con cada uno de los Estados beneficiarios, aunque dejando claro desde el principio que las llaves de sus cabezas de guerra permanecerían en manos de los norteamericanos... Además, mientras tanto, había comenzado la construcción de los depósitos de armas nucleares tácticas estadounidenses para la OTAN, a las que igualmente afectaba el régimen de la doble llave... Dicho sistema fue categóricamente rechazado por Francia el 13 de diciembre de 1957, por lo que quedó así al margen desde el principio. Los IRBM's "Thor" y "Júpiter" fueron por tanto instalados en Gran Bretaña, Italia y Turquía, mientras que las primeras armas nucleares tácticas se desplegaban también por el suelo de la República Federal de Alemania.» ACCASTO, *op. cit.*, pp. 17 y 18. En cualquier caso, la retirada de dichos IRBM's «Thor» y «Júpiter» de suelo europeo se produjo a finales de 1962 y en un tónico «quid pro quo» derivado del previo desmantelamiento de los «SS-4» y «SS-5» soviéticos del territorio cubano, a raíz de la crisis del Caribe de octubre de 1962. Para un reciente análisis, BETTS, RICHARD K.: «Solidaridad y Seguridad: la OTAN tras el despliegue de las Fuerzas Nucleares de Alcance Medio (INF)». *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 176-IV, agosto-septiembre, 1984, pp. 5 y 6.

³⁰ TAYLOR, MAXWELL D.: *The uncertain trumpet*, New York, Harper & Bross, 1960, p. 24.

La administración demócrata que sucede al tándem republicano Eisenhower-Nixon tomó como propias dichas ideas. «Se le dijo al presidente Kennedy –durante una de las episódicas alteraciones del Sudeste asiático– que con las fuerzas estratégicas disponibles podría borrarse del mapa cualquier capital de la tierra. Mas para una operación limitada en Laos, tan solo se podrían proporcionar unos reducidos equipos de combate, pero siempre que la emergencia no durase más de treinta días y que no se declarasen crisis en otros puntos»³¹.

Así, la necesidad de un instrumento de defensa flexible y adaptable tanto a conflictos focales y reducidos –inclusive no declarados–, como a una guerra abierta y generalizada se concibe primordialmente para solventar los cada vez más numerosos «abscesos de fijación». La creación de unidades especializadas en la lucha contrainsurgencia –«COIN»– y el despliegue de armas nucleares miniaturizadas –«nukes» y «mininukes»– forman los hitos inferior y superior de la solución adoptada.

Se formulan, pues, una serie de programas-paquete que permiten escoger entre una diversificada gama de opciones de defensa a fin de atajar diferentes situaciones críticas. «Una jefatura política civilizada –postulaba el entonces secretario de defensa Robert S. McNamara– debe tener en cualquier momento variedad de elección y una orquestación de fuerzas que le permita hacer frente, de modo simultáneo e inmediato, a un motín en el Sur, enviando a una compañía; a la estabilización del Congo, mandando un batallón, y a una nueva crisis de Berlín, decretando la alerta general»³².

El episodio cubano determinó finalmente la adopción sin reservas de la doctrina de la «respuesta flexible». Durante el mismo y a posteriori se puso de relieve la necesidad de preservar del alcance del adversario tanto los centros vitales como el grueso de las fuerzas nucleares estratégicas, a fin de mantener incólume la disuasión. Perdido su monopolio y obsoleta la idea de su uso agresivo, quedaba subsistente su papel de represalia estratégica.

La «triada» nuclear se desarrolla y perfecciona como instrumento de disuasión y represalia a lo largo de los años 60. Durante los mismos se enfatiza en el hecho de su dispersión y despliegue. Sus vectores con base en tierra –ICBM's–, en la mar –SLBM's–, o persistiendo en el empleo, una vez

³¹ WHITE, THEODORE H.: «Revolution in the Pentagon», *Look*, 23-IV-1963, p. 34.

³² *Cit. ibidem*, p. 48. «A finales de 1962 o comienzos de 1963 –señala Raymond Aron–, los Estados Unidos habían logrado un margen substancial de superioridad sobre la Unión Soviética, de lo cual tenía plena conciencia el equipo Kennedy, pues creía poseer al mismo tiempo los medios de ganar hostilidades clásicas y limitadas (dos guerras) y para una acción eficaz contra la subversión... Esta era la fórmula de las dos guerras y media, es decir, la pretendida capacidad estadounidense de librar dos guerras simultáneas, locales, pero importantes, en Asia y en Europa, más una lucha contrasubversiva. Esta concepción dimana directamente de la doctrina de la respuesta flexible.» ARON: *op. cit.*, pp. 115 y 370. Sin embargo, Aron no deja de resaltar su reticencia hacia el nuevo diseño estratégico norteamericano. «La doctrina llamada McNamara y en la que quizá no creía ni el propio McNamara...» *Ibidem*, p. 110. Por otra parte, Bernard Brodie, que había contribuido en su día a elaborar dicha doctrina, no dudaría en calificarla de «exceso rococó». BRODIE: *op. cit.*, p. 129.

remozados, de los bombarderos del SAC trataban de mantener ante todo su invulnerabilidad frente a un ataque preventivo y, mediante su capacidad de provocar «daños inaceptables» al agresor, asegurar la disuasión.

Cimentando el equilibrio del terror –que pocos años después recibiría la expresiva denominación de MAD (Mutually Assured Destruction)–, sobre la invulnerabilidad de las fuerzas estratégicas, persistía el problema de su irrentabilidad política, sobre todo cuando las mismas se pretendían articular para la defensa de intereses importantes, aunque no tan vitales como para arriesgar la propia supervivencia de los Estados Unidos³³.

El tema más espinoso que hubo de afrontar el nuevo modelo estratégico fue mantener el nivel de disuasión existente en Europa. «Acto seguido de la crisis del Caribe –dice Brodie–, los Aliados europeos de la OTAN percibieron que los norteamericanos tenían nuevas ideas para la defensa de Europa y que los europeos tendrían que hacer considerables esfuerzos para entenderlas y ejecutarlas»³⁴.

Por un lado, se les exigía una mayor contribución personal y presupuestaria en materia de defensa. Se trataba de aumentar los efectivos convencionales de la Alianza Atlántica, a fin de compensar así la enorme superioridad del Pacto de Varsovia, en dicho campo. Por otro, se les instaba a un mayor grado de compromiso psicológico. Se pretendía suplir las deficiencias de una defensa convencional acudiendo a las armas nucleares tácticas, cuyo empleo, de producirse, se daría sobre el suelo de sus Aliados³⁵.

El nuevo modelo estratégico-defensivo de la Alianza Atlántica afrontaba una amenaza soviética verticilada en su capacidad de desencadenar un ataque sorpresa sobre Europa Occidental y cuyo eje de progresión vendría dado por el empuje de sus fuerzas convencionales, sobre todo blindadas, mecanizadas y aerotransportadas. El planeamiento occidental excluía hasta fechas bien recientes la posibilidad de utilización por la URSS de medios ABQ facilitadores de su avance³⁶.

³³ Ya en el comunicado final relativo a su sesión de 18 de diciembre de 1960, el Consejo Atlántico había dejado entender que la doctrina de la «represalia masiva» no constituiría en lo sucesivo la estrategia oficial de la Alianza. Como dice Delmas, «esto suponía que la miniaturización de los ingenios atómicos hacía factible una flexibilización de la disuasión; y se sabía –cosa que el Libro Blanco de Defensa de Gran Bretaña, de febrero de 1962, confirma– que la URSS había conseguido diversificar lo suficiente su arsenal nuclear como para encaminarse también hacia una estrategia más cercana a la respuesta flexible que a la doctrina de las represalias masivas. Así, pues, técnicamente, el problema del equilibrio del terror había adquirido una nueva dimensión». DELMAS, CLAUDE: *Le Désarmement*. Paris, PUF, 1979, p. 62.

³⁴ BRODIE. *op. cit.*, p. 128.

³⁵ «Los europeos –dice Kissinger– veían las armas nucleares como los más efectivos elementos de disuasión. Sin embargo, temían su uso en su territorio; lo que a nosotros nos parecía limitado, para ellos podría ser desastroso.» KISSINGER: *Mis Memorias*, Buenos Aires, Atlántida, 1980, p. 164.

³⁶ Sobre esta cuestión se han escrito diferentes obras que han trascendido al gran público. Así CLOSE, ROBERT: *¿Europa sin defensa?* Barcelona, Plaza y Janés, S. A., 1977. También, HACKETT, JOHN y otros: *La Tercera Guerra Mundial*. México, Lasser Press, 1980. Y, especialmente por lo que se refiere al último supuesto expuesto, JOLY, CYRIL: *Noche de Paz. La Derrota de la NATO*. Barcelona, Planeta, 1981.

La doctrina de la OTAN admitía genéricamente dos variantes de la ofensiva soviética. Una, supondría un ataque generalizado y su propósito sería apoderarse físicamente de Europa Occidental en su totalidad. Otra, conllevaría en el plano militar una progresión limitada sobre algún objetivo parcial –el territorio de la República Federal de Alemania, por ejemplo– que les permitiese «finlandizar» el resto de Europa.

Los europeos se mostraron enormemente inquietos ante la puesta en práctica de una doctrina que postergaba a todo trance el empleo estratégico del arma nuclear. En círculos europeos se argumentó que el nivel de la disuasión experimentaría un brusco y súbito descenso, que los márgenes de destrucción derivados del enfrentamiento nuclear-táctico serían intolerables y que la guerra nuclear se haría peligrosamente asumible al quedar excluidos de la devastación los respectivos territorios de las Superpotencias³⁷.

«El objetivo real de nuestros Aliados –escribe Kissinger, subrayando el dilema que las armas nucleares tácticas supusieron en las relaciones atlánticas– ha sido comprometer a los Estados Unidos al uso temprano de armas nucleares estratégicas, lo que significaría una guerra nuclear estratégica entre Estados Unidos y la URSS, librada por encima de sus cabezas. Precisamente era esto lo que resultaba inaceptable para los planificadores norteamericanos»³⁸.

Francia mostró su radical disconformidad con el diseño estratégico estadounidense. Su postura se tradujo en una clara obstrucción del proyecto de Fuerza Multilateral y a su primer paso en firme, al criticar con extrema acritud la firma del Acuerdo de Nassau –suscrito entre Estados Unidos y Gran Bretaña– el día 21 de mayo de 1962³⁹. De Gaulle se opondría rotundamente

³⁷ Para una crítica en profundidad de la doctrina McNamara, sobre todo a la luz que para los europeos supuso la crisis de Cuba, BEAUFRE: *Dissuasion et Strategie*. Paris, Colin, 1964.

³⁸ KISSINGER, *Mis..., op. cit.*, p. 64.

³⁹ A fin de vencer las reticencias entre norteamericanos y europeos a propósito del control y modo de empleo del «paraguas atómico» estadounidense sobre Europa, el general Nordstadt propuso en agosto de 1959 convertir a la propia Alianza Atlántica en potencia nuclear, dotando de misiles «Polaris» a los Estados miembros, que –sin perjuicio del control de sus cabezas por parte de los Estados Unidos– serían desplegados en sus respectivos territorios. Acogida calurosamente la idea, en particular por el Canciller de la República Federal de Alemania Konrad Adenauer, fue parcialmente modificada ante los problemas de índole técnico que representaba la adaptación de dichos misiles a una base terrestre. Desechada semejante opción así como la creación de una flota multinacional de superficie portadora de dichos ingenios, el secretario de Estado Christian Herter, con ocasión de la sesión del Consejo Atlántico de 18 de diciembre de 1960, afirmó el compromiso de los Estados Unidos de proporcionar a la OTAN antes de 1963 una fuerza de cinco SSBN's, dotados de un total de 80 SLBM's «Polaris A-1», siendo sus tripulaciones mixtas y pertenecientes a distintas nacionalidades. El esfuerzo económico que representaba un plan tan ambicioso se resolvió tras arduas negociaciones con el compromiso de repartir proporcionalmente sus gastos entre los Estados de la Alianza, de modo que dicha aportación se correspondiese con la contribución de cada Estado al presupuesto de la OTAN, aunque se impusiese el tope de que ninguna parte alicuota excedería del 40 por 100 del coste total del proyecto propuesto. Sin embargo, sería el contencioso franco-norteamericano a propósito de las armas nucleares el que haría fracasar el plan de la Fuerza Multilateral. Además, el trato especialmente favorable en lo que se refiere a transferencias de armamento y tecnología –auténtica excepción a la Ley McMahon– que el Acuerdo de Nassau de 21 de diciembre de 1962 supuso para Gran Bretaña –y del que quedó al margen Francia– contribuyó sin duda a potenciar las ansias de De Gaulle de lograr su *force de frappe*. Las reiteradas negativas galas a integrarse en dicho proyecto lo arrumbaron definitivamente, siendo abandonados finalmente tales esfuerzos en 1966. Sobre el particular, RAMÍREZ: «Soberanía nacional y...», *op. cit.*, p. 458.

a todo intento de sus Aliados de limitar la soberanía nacional gala, no dudando en emprender una política de *grandeur* y de autonomización estratégica mediante el logro de su *force de frappe* ⁴⁰.

El Reino Unido, más a cubierto de la amenaza soviética que los restantes Estados Miembros de la Alianza Atlántica dada su configuración insular, fue mucho más receptivo a las propuestas norteamericanas. Fortalecidas además sus relaciones con los Estados Unidos a consecuencia de la firma de dicho Acuerdo, lograría articular una reducida capacidad de represalia estratégica, suficiente, sin embargo, para mantener una disuasión de carácter mínimo.

Los demás Estados radicados en el Continente europeo mostraron en principio una renuente actitud respecto al diseño estratégico norteamericano. Sin embargo, dos factores –político y económico– aproximarían los discrepantes pareceres atlánticos. Pretender reforzar entonces la defensa convencional de la Alianza significaba que los Aliados europeos habrían de contribuir al esfuerzo defensivo con más hombres y mayores presupuestos.

Ambas cuestiones resultaron insuperables. Así, acreditado a mediados de los años 60 el redespliegue y modernización de las fuerzas convencionales soviéticas, ya era demasiado tarde para elaborar cualquier otra defensa que no fuese aquella basada en el pronto empleo –y no otra sino ésta es la raíz de la problemática político-doctrinal recientemente resucitada por el debate acerca del *first-use*– del arma nuclear táctica.

La polémica acerca de sus hipotéticas condiciones de utilización presidiría las sesiones del denominado Grupo de Planificación Nuclear (GPN), de la OTAN. «Este órgano oficioso –dijo McNamara– era el medio por el cual los Aliados europeos podrían participar en decisiones nucleares, sin adquirir ellos mismos armas nucleares» ⁴¹. De sucesivas rondas de conversaciones se

⁴⁰ «Para que Francia tenga influencia sobre la paz –manifestaba el general De Gaulle en su alocución de 10 de agosto de 1967– en lo que a ella afecta y, en lo posible, en lo que se refiere a los demás, es necesaria la independencia. Desde que América y la URSS rivalizan constantemente por lo que se refiere a sus fuerzas nucleares, cada una de estas superpotencias ha agrupado a su alrededor un bloque de Estados que les están directamente vinculados, sobre los que ejercen su hegemonía y a los que prometen su protección. Como consecuencia de ello, estos Estados ajustan de grado o por fuerza su política a la de su gran Aliado, le subordinan su defensa y le confían su suerte. Al retirarse de la OTAN, Francia se ha desligado de tal sujeción. De esta forma, no se verá arrastrada a ninguna querrela que no sea la suya y en ninguna acción guerrera que no hubiese deseado. Por lo mismo, está en condiciones de practicar la armonía y cooperación, como juzgue oportuno, de un punto a otro de la geografía europea: únicos medios para llegar a lograr la seguridad de nuestro Continente. Así podrá, en un mundo lleno de abusos antiguos y nuevos, mantener el derecho a disponer de sí misma, derecho que es en la actualidad el fundamento necesario de toda cooperación, la condición imperativa de la concordia internacional y la base indispensable de una real organización de la paz. ¿Por qué Francia ha vuelto a tomar posesión de sus fuerzas y ha comenzado a dotarse de los medios de disuasión? Porque en la hipótesis de una guerra entre los dos gigantes, tal vez la misma se libraría en la Europa interpuesta y Francia no se convertiría así automáticamente en un humilde auxiliar de uno de los dos, no exponiéndose a transformarse en un campo de batalla más para sus Cuerpos expedicionarios y en un blanco para sus bombas alternas. Al haber abandonado el sistema de bloques, Francia ha dado quizá la señal de una evolución general hacia la distensión...» Cit. BUISS: *op. cit.*, p. 11.

⁴¹ Cit. KISSINGER, *Mis... op. cit.*, p. 163. El Grupo de Planificación Nuclear, aunque originalmente estaba compuesto por cuatro miembros permanentes –Estados Unidos, Gran Bretaña, República Federal de Alemania e Italia– y tres rotativos, a intervalos de dieciocho meses, en la actualidad se haya integrado por todos los Estados-miembro de la Alianza Atlántica, excepto Francia, que se negó desde el principio a participar. Para hacer frente a

desprenden dos planteamientos conexos, de origen respectivamente norteamericano y británico; el primero, mantendrá la tesis del «cortafuegos»; el segundo, la del «uso demostrativo» del arma nuclear.

La noción del «cortafuegos» –especialmente difundida entre los analistas civiles norteamericanos partidarios de una respuesta atómico-táctica masiva y fulminante ante cualquier intento de agresión–⁴² maximiza la necesidad de interrumpir el proceso de escalada y la conjuga con la exigencia europea de una pronta utilización del arma nuclear táctica. Dicha tesis deja sin embargo sin resolver el deslinde entre los ámbitos convencional y nuclear una vez iniciada la serie de explosiones atómicas.

Los europeos plantearían reiteradamente la necesidad de un pronto uso del arma nuclear táctica; si no, la devastación sería general a toda Europa⁴³. A fin de obviar las objeciones estadounidenses, Dennis Healey –a la sazón ministro de Defensa británico– mantuvo la conveniencia de acudir en caso de crisis a la posibilidad de un «uso demostrativo» del arma nuclear. Se trataba, pues, de lanzar una carga nuclear, bien sobre la mar o sobre alguna localidad remota, de modo que no ocasionase bajas excesivas⁴⁴.

Los Estados europeos, con un esquema estratégico como el propuesto, estarían abocados a un angustioso dilema: la devastación o la invasión.

la unitaria postura norteamericano-canadiense, se formó en su seno un auténtico *lobby* europeo –el «Eurogrupo»– que trató primero en las sesiones del grupo y luego en las demás instancias de la Alianza Atlántica que se tomaran más en consideración las opiniones europeas. Para un análisis del origen y gestación del «Eurogrupo», ZAMPARELLI, FEDERICO: «El Eurogrupo». *Bol. Inf. CESEDEFN*, núm. 138-IX, agosto-septiembre, 1980. España, desde su adhesión a la Alianza Atlántica el día 30 de mayo de 1982, ha participado en las sesiones del «Eurogrupo» como un miembro más de la Alianza. Su ingreso se produjo mediante carta de fecha 23 de septiembre de 1982 del ministro de Defensa español a su homólogo italiano, en su calidad entonces de presidente del «Eurogrupo», quien respondió estimatoriamente, también mediante carta, de fecha 11 de noviembre siguiente. Por otra parte, España también participa desde su adhesión en las sesiones del Grupo de Planificación Nuclear, si bien mantiene un peculiar estatuto de «observador» –implícito por demás– desde la toma de posesión del Gobierno socialista.

⁴² «En muchos aspectos, la fuerza militar contribuye a la disuasión en tiempo de paz. Pero es igualmente importante comprender que también en tiempo de guerra la fuerza puede servir a los propósitos disuasivos. Es decir, que si comienza un conflicto convencional o nuclear, no debe olvidarse totalmente la disuasión. Más bien se deben hacer esfuerzos para detener la escalada del conflicto, promover negociaciones y tratar de detenerlo al nivel más bajo posible de violencia compatible con los intereses de la OTAN. Esta es la razón primordial de la popular teoría del cortafuegos, muy en boga en algunos círculos norteamericanos: el empleo de las fuerzas convencionales en la defensa contra ataques de la misma naturaleza, con las fuerzas nucleares listas, en reserva, para disuadir al Pacto de Varsovia de la escalada hacia la guerra atómica. No hay motivo alguno para que el principio de la limitación del conflicto no pueda ser ampliado a todo el espectro de la pugna nuclear... De iniciarse la guerra nuclear, la limitación del conflicto es la única vía real, excepto la rendición, para limitar, de una manera importante, los años infringidos a la OTAN, por el Pacto de Varsovia.» MARTÍN, J. J.: «Las armas nucleares en la estrategia disuasiva de la OTAN». *Bol. Inf. CESEDEFN* núm. 136-IV, mayo, 1980, p. 5.

⁴³ «Nuestros Aliados demandaban periódicamente la seguridad de que no esperaríamos demasiado para introducir en la guerra armas nucleares –tácticas y estratégicas– y con la misma frecuencia recibían tal seguridad. Al mismo tiempo, seguíamos instándoles a que reforzaran sus fuerzas tradicionales y también seguíamos censurando en público a los franceses por echar a perder nuestro gran plan y malgastar tontamente sus recursos al insistir en la creación de una fuerza militar nuclear propia.» BRODIE, *op. cit.*, p. 385.

⁴⁴ Dicha posibilidad –aunque paradójicamente a cargo del Pacto de Varsovia– ha sido esgrimida recientemente por nuestra doctrina. Así, SOLANA, LUIS: *Rota ha entrado en guerra*. Barcelona, Argos-Vergara, 1984, pp. 173 y 174. «Este concepto –dice Kissinger– nunca terminó de convencerme... Una reacción que no estaba destinada a tener relevancia militar sugeriría más vacilación que determinación; así, en vez de disuadir al atacante, más probablemente lo alentaría... Una respuesta vacilante o ineficaz correría el riesgo de dejarnos sin otras opciones que la rendición o el holocausto.» KISSINGER, *Mis... op. cit.*, pp. 163 y 164.

Numerosos expertos abundan en dicha conclusión. Como dice Klein, «el recurso a las armas nucleares tácticas para la defensa de Europa, equivaldría prácticamente a la destrucción de lo que se arriesga; se impone por ello encontrar fórmulas estratégicas menos arriesgadas y que garanticen la seguridad de los europeos»⁴⁵.

El planeamiento estratégico-defensivo de la Alianza Atlántica –elaborado a través de supuestos operativos continuados– atribuye al Este la iniciativa estratégica. Se otorga así al Pacto de Varsovia la sorpresa inicial y la posibilidad de elegir fecha y lugar propicios. Con tales premisas, mantener una defensa convencional, aún con medios suficientes, sería complejo y aleatorio. Desbordada ésta, habría forzosamente que recurrir al empleo tardío de armas nucleares tácticas sobre territorio europeo-occidental.

Las consecuencias serían letales. Como señala Derek Leebaert, «cuando se simularon los resultados de una operación semejante –en un supuesto operativo de la OTAN denominado “Carta Blanca”– se pudo apreciar que era necesario el lanzamiento de 335 cabezas atómicas miniaturizadas, con los más diversos vectores, para detener un ataque por sorpresa del Pacto de Varsovia. La conclusión fue que, en el plazo de dos días, un millón y medio de personas habría muerto y que tres millones y medio más resultarían heridas»⁴⁶.

El volumen de bajas se vería acrecentado en progresión geométrica en cuanto hiciesen su aparición armas nucleares de potencia megatónica. Como conclusión a un documentado estudio donde se planteaba el recíproco empleo entre atacantes y defensores del arma atómica sobre suelo europeo, Von Weizsäcker afirmaba que «veintidós bombas de un megatón acarrearían la muerte de diez millones de personas, y que doscientas, significarían el fin de cincuenta millones de vidas»⁴⁷.

El crédito disuasivo que conlleva una devastación como la expuesta se reivindica recientemente. «A nadie –señala Sirvent Zaragoza– le interesa invadir un Continente aniquilado»⁴⁸. Dicha tesis de «negación de logros» ha sido asumida por los partidarios de llevar a sus últimas consecuencias la incertidumbre del adversario. Al tener que efectuar un minucioso planeamiento ofensivo, sujeto a infinidad de variables –incluido el suicidio defensivo–, el agresor nunca podrá tener la certeza de obtener aquellos resultados previstos derivados de su ataque inicial.

En la actualidad, es patente que la meta de la guerra no es ya aniquilar físicamente al Estado enemigo, sino incorporarlo, tanto con su potencial

⁴⁵ KLEIN, JEAN: «Estrategia de no-guerra e hipótesis de conflicto nuclear». *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 130-IX, octubre, 1979, p. 24.

⁴⁶ LEEBAERT, DEREK: «El 30 Aniversario de la OTAN: dudas y esperanzas». *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 130-IX, octubre, 1979, p. 9.

⁴⁷ Cit. CLOSE, *op. cit.*, p. 151.

⁴⁸ SIRVENT ZARAGOZA, GONZALO: «Disuasión: ¿Llegará a emplearse el arma atómica?». *Revista General de Marina*. t. 198, mayo, 1980, p. 560.

humano como con su capacidad de producción, al sistema político-económico y al elemento demográfico del Estado vencedor.

Así, «si el fin perseguido por los teóricos soviéticos –escribe Norbert Hanning– es la dominación mundial, lograrán sus fines con mayor rapidez tomando posesión del potencial económico occidental intacto antes que destruido. Si por algún medio, los soviéticos lograran hacer producir en provecho propio a una Europa Occidental lo más intacta posible, se convertirían en una potencia a la que ni los Estados Unidos ni la República Popular China podrían amenazar en mucho tiempo»⁴⁹.

«Aunque la doctrina soviética no muestre intención de limitar los daños colaterales –dice J. J. Martín–, sí demanda prioritariamente el empleo de armas nucleares de teatro contra objetivos militares y no contra ciudades. Más aún, su criterio es impedir las destrucciones innecesarias, tanto con objeto de no obstaculizar el rápido avance de sus fuerzas acorazadas como preservar los recursos económicos para su utilización por los conquistadores durante la postguerra»⁵⁰.

Pese a la indudable lógica de las tesis de «negación de logros», esta aceptación de la disuasión presenta graves lagunas. No elimina el riesgo de su quiebra, es decir, la posibilidad de guerra, ni soslaya tampoco la lucha subsiguiente ni la previsible devastación. Igualmente, deja sin aclarar cuál es el grado de destrucción que los soviéticos admiten como tolerable en suelo europeo. Finalmente, no existe garantía alguna de que los daños colaterales fuesen reducidos.

Solventada por la desfavorable correlación de fuerzas la reticencia del sector europeo de la OTAN a la propuesta estratégica estadounidense –el crecimiento del Pacto de Varsovia durante la década de los 60 es espectacular–, la doctrina de la «respuesta flexible» se aprueba oficialmente como modelo estratégico de la Alianza Atlántica el día 16 de enero de 1968, aunque las bases de su despliegue datasen ya de bastante tiempo atrás⁵¹.

Si bien la OTAN mantenía el criterio de primar la disuasión, admitía su eventual fracaso y la necesidad de una respuesta a la agresión que posibilitase la inmediata apertura de negociaciones. La relación entre la mesa de

⁴⁹ HANNING, NORBERT: «¿Sería preciso defender a Europa con medios clásicos?», *Revista Internacional de Defensa*, núm. 1, enero, 1978, p. 28.

⁵⁰ MARTÍN, *op. cit.*, p. 24. Tales afirmaciones las corrobora la doctrina soviética vigente en la actualidad. «Los SS-20 –mantiene Daniel M. Proctor– no se encuentran apuntados contra ninguna ciudad europea y si únicamente contra los medios avanzados de los Estados Unidos.» PROCTOR, DANIEL M.: «El porqué de los SS-20», *Defensa*, agosto-septiembre, 1981, núms. 40-41, p. 152. La alusión a las bases de utilización conjunta hispano-norteamericana no puede ser más directa. Sin embargo, el despliegue contrafuerzas soviético afecta asimismo a toda una múltiple serie de objetivos que excede con mucho al despliegue defensivo de la OTAN; si bien, en dicho contexto, son blancos prioritarios aquellos centros vitales para el sistema defensivo de la OTAN, al que indudablemente sirven las bases situadas en suelo español. Al respecto, RAMÍREZ: «Crisis estratégica y ...», *op. cit.*, pp. 431 y ss.

⁵¹ La doctrina estratégica vigente y oficial de la OTAN se encuentra recogida en el documento MC 14/3, de 16 de enero de 1968, en el que se hace expresa referencia a la «respuesta graduada» y a la «defensa de vanguardia». Al respecto, KLEIN: *op. cit.*, p. 17. Para un reciente examen de dichos conceptos, BETTS: *op. cit.*, pp. 15 y 16.

negociaciones y el campo de batalla se hacía así no sólo tangible sino también simultánea. Además, se ponía el acento en la graduación y control de la respuesta nuclear, de modo que se elevase fehacientemente el umbral de las armas nucleares estratégicas⁵².

Sin embargo, los sostenidos debates en el seno de la Alianza Atlántica habían introducido una cuña conceptual en la doctrina de la «respuesta graduada». La República Federal de Alemania había percibido que, de aplicarse en puridad dicho modelo estratégico, estaba en juego la esencia de su soberanía: su supervivencia. Sus dirigentes centraron entonces sus esfuerzos en impedir que la batalla terrestre nuclear tuviese lugar en escenario alemán.

Impedida la República Federal de acceder al arma nuclear por recelos atávicos dimanantes del pasado⁵³, constreñida a aceptar la dudosa propuesta estratégica norteamericana, le quedaba solamente la vía de adaptarla a sus específicos intereses defensivos. Integrada en dicho marco y asumida actualmente por la OTAN, la doctrina de la «defensa avanzada» constituye la respuesta alemana a sus inquietudes en materia de defensa y una brillante aportación a la seguridad europea.

Su propósito es llevar el teatro de la guerra lo más al Este posible, mediante una serie de fulminantes contraataques que paralicen de entrada la ofensiva enemiga y hagan retroceder al agresor a sus originarios puntos de partida. El escudo convencional –puede que localmente atómico-táctico– de la Alianza Atlántica pararía el primer empujón adversario y la espada nuclear táctica descargaría acto seguido sus golpes sobre los países del Pacto de Varsovia, excluida la URSS⁵⁴.

«La defensa adelantada requiere que la OTAN esté capacitada para

⁵² «En ese esquema, las armas nucleares tácticas cumplen una triple función: Atacar a las armas nucleares tácticas del Pacto de Varsovia y contribuir conjuntamente con los otros dos componentes de la triada de la disuasión contra cualquier forma de agresión. En caso de fracaso de la disuasión, brindar una alternativa al recurso inmediato a las fuerzas estratégicas. En aplicación de la doctrina de la respuesta graduada, proporcionar a los Estados Unidos y a sus Aliados el medio de resistir victoriosamente a una agresión clásica de gran envergadura.» LEITEMBERG, MILTON: «Backgrounds Materials in Tactical Nuclear Weapons», «The Tactical Nuclear Weapons: European perspectives». *Yearbook 1978*, Stockholm, SIPRI, pp. 32 y 33.

⁵³ «El día que los alemanes tengan bombas atómicas que no estén controladas indirectamente por los americanos –dijo el mariscal Gretchko, ministro de Defensa de la URSS, en 1976– iremos a buscarlas.» Cit. KLEIN: *op. cit.*, p. 30. Para una reciente valoración de dicha posibilidad, BETTS: *op. cit.*, p. 16.

⁵⁴ Quizá por ello, «en negociaciones secretas en 1972 –según refiere Henry A. Kissinger– la URSS propuso un acuerdo con los Estados Unidos –que éstos rechazaron– por medio del cual, en caso de guerra en Europa, cualquier recurso al empleo del armamento nuclear estaría restringido al territorio de los Aliados, manteniendo los respectivos territorios de las Superpotencias como santuarios». Cit. BETTS: *op. cit.*, p. 3. Asumiendo un planteamiento análogo. Obrador estima que «los euromisiles serán eventualmente utilizados contra cualquier país del Pacto de Varsovia, excepto la URSS...; al propio tiempo, los SS-20 se emplearán contra cualquier Estado de la OTAN, excepto Gran Bretaña o Francia, santuarizadas por su arsenal estratégico». OBRADOR SERRA: «Políticas y Estrategias nucleares en Europa», *Revista General de Marina*, t. 202, febrero, 1982, p. 148. En cualquier caso, dicha posibilidad de considerar «santuarios estratégicos» el suelo de las Superpotencias permanece –al menos, en cuanto implícitamente se refiere a la Unión Soviética– después de que lord Carrington manifestase recientemente ante el Consejo Atlántico que «nunca hemos sugerido que el territorio del Pacto de Varsovia fuera un santuario si las fuerzas de esta alianza nos invadieran». Cit. ORTEGA, ANDRÉS: «El territorio del Pacto de Varsovia no será un santuario en caso de agresión», *El País*, 15-XI-1984, p. 7.

responder a una agresión —dice la doctrina oficial germano-occidental en su Libro Blanco sobre seguridad— sin pérdida de tiempo y con energía. Se tiene que impedir que se llegue a un combate sostenido y largo sobre el territorio de la República Federal, pues una lucha de este tipo destruiría por último lo que se quiere defender⁵⁵.

Los distintos Ejércitos de la Alianza —y la Bundeswehr sobremanera— estarían obligados a no ceder ni un palmo de terreno. La configuración del teatro europeo así lo impone, de modo que no se puede jugar con el factor espacio para articular su defensa⁵⁶. Sin embargo, dos premisas son necesarias para la eficacia de semejante modelo defensivo: que la fortaleza del escudo sea suficiente para detener el ataque y que la alerta previa otorgue el margen de reacción necesaria para que la espada nuclear sea activada.

Las Fuerzas Armadas integradas en la OTAN están abocadas, pues, al contraataque. En caso de guerra, su misión será rechazar al adversario, derrotarle lo más cerca posible de la frontera y recuperar el territorio perdido. La defensa habrá de hacerse hacia adelante y desde la posición más avanzada, aun en los casos extremos de ataque por sorpresa, aprovechando vacaciones o fines de semana⁵⁷.

Así, la eficacia de semejante defensa requiere su oportuna activación mediante una alerta previa adecuada. Sus márgenes de tiempo vendrán impuestos entonces por los requeridos por el Pacto de Varsovia para lanzar su ataque y por los que los medios de detección de la Alianza Atlántica necesiten para denunciar su inminencia.

Por tanto, la viabilidad de dicho modelo defensivo dependerá sobre todo de los sistemas de reconocimiento espacial y de vigilancia electrónica aérea avanzada —por ejemplo, el AWACS («Airborne Warning and Control System») —⁵⁸, cuya contribución resulta entonces decisiva para el fortalecimiento del equilibrio estratégico y el mantenimiento de la disuasión.

⁵⁵ «Libro Blanco 1975-76 sobre la seguridad de la República Federal de Alemania y el desarrollo de la Bundeswehr», *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 107-I, febrero 1977, p. 87. Semejante alegato en favor de la «defensa avanzada» se mantiene inalterable por la doctrina oficial germano-occidental hasta la actualidad. Así, sostenía recientemente, «el territorio federal no es adecuado para una defensa que ceda espacio con el fin de ganar tiempo. Por lo tanto, en realidad no hay ninguna alternativa a la defensa adelantada con fuertes unidades convencionales y a la amenaza complementaria de emplear armas nucleares contra el atacante. La defensa adelantada es por ello para la República Federal de Alemania la pieza angular de toda estrategia militar». «Libro Blanco de la defensa de la RFA, 1983», *Bol. Inf. CESEDEN*, núms. 178, 179 y 180-I, noviembre 1984, diciembre 1984-enero 1985 y febrero 1985, p. 169.

⁵⁶ «Europa occidental, debido a su característica industrialización y a su densidad de población, es muy sensible a cualquier ataque. Además, le falta profundidad geográfica que le permita ceder espacio en la defensa. Este es el caso, sobre todo, para la República Federal de Alemania, dada su larga frontera de 1.600 Km. con el Pacto de Varsovia.» *Ibidem*, p. 87.

⁵⁷ Los expertos occidentales trabajan casi permanentemente con dicha hipótesis. Las obras de Hackett, Close y Joly recalcan esa posibilidad, a la vez que excluyen —quizá con un exceso de optimismo a nuestro juicio— la realización de una ofensiva por parte de la URSS, precedida o acompañada de descargas nucleares estratégicas en profundidad a lo largo del sistema de defensa de la OTAN.

⁵⁸ No puede extrañar que la República Federal de Alemania contribuya a dicho programa como parte directamente interesada en un tanto por ciento de su coste superior a la mitad de la aportación estadounidense. Sobre ello. *Revista Internacional de Defensa*, núm. 1, enero, 1979, p. 14.

IV. CRISIS

En cualquier caso, pese a las carencias psicológicas del diseño estratégico acuñado por la OTAN bajo su doctrina de la «respuesta graduada», la disuasión mantuvo sus tradicionales cotas de seguridad en Europa hasta finales de la década de los 70, al combinarse esotéricamente dicho modelo estratégico-disuasivo de carácter máximo con aquellos otros –rígidos, automáticos, de ámbito nacional y de naturaleza mínima– asumidos unilateralmente por Francia y Gran Bretaña.

Así, mientras el dispositivo disuasivo-defensivo de la Alianza Atlántica primaba la flexibilidad político-estratégica de la seguridad europea, los diseños estratégico-nucleares de Francia y Gran Bretaña apuntalaban su carácter esotérico al proyectar unilateralmente sobre la URSS una amenaza estratégica contrarresto susceptible de irrentabilizar su agresión.

Sin embargo, la URSS trataría también de vulnerar política y militarmente la disuasión combinada atlántica y europea mediante el despliegue de nuevos sistemas de armas de alcance intermedio y naturaleza contrafuerzas, cuya profusa utilización en profundidad, por sorpresa y simultánea con una ofensiva convencional perseguiría la desorganización, parálisis y destrucción del planeamiento defensivo de Europa Occidental.

La Unión Soviética introdujo en agosto de 1976 la variable estratégica contrafuerzas en escenarios regionales, al aparecer su novedoso IRBM «SS-20» en los teatros de operaciones europeo y chino. Aunque en su inventario estratégico existían ya desde hace dos décadas otros misiles de alcance medio e intermedio –denominados «SS-4 (Sandal)» y «SS-5 (Skean)»–, cuya misión era específicamente antidemográfica, los nuevos ingenios ofrecían óptimas características para su empleo como fuerza de contragolpe dentro de un específico teatro de guerra⁵⁹.

La precisión, movilidad y rápida capacidad de recarga de los «SS-20» constituyen, junto con su alcance, óptimas cualidades para un empleo ofensivo circunscrito a un ámbito de operaciones determinado. La misión de dicho sistema de armas estratégicas de teatro sería pues batir de forma precisa, repentina y simultánea, sin excesivos daños colaterales, aquellos objetivos militares esenciales para el eficaz funcionamiento del esquema defensivo de la OTAN⁶⁰.

⁵⁹ Para un reciente análisis de su despliegue, *The Military balance 1984-1985*. London, IISS, Autumn, 1984, pp. 17, 134 y 155.

⁶⁰ «El techo misilístico intermedio que parece pretender alcanzar la Unión Soviética –afirma Jean Paul Etcheverry– es el millar. Desplegando un total de mil “SS-20” –entendiendo que fuesen del modelo 2–, podría llegar a destruir tres mil objetivos de una sola salva. La totalidad de los objetivos de una salva. La totalidad de los objetivos que presenta la OTAN no sobrepasa la cifra de dos mil, con lo que este sistema de armas permitiría destruir en unas horas todas las instalaciones militares de la Alianza Atlántica –inclusive sus emplazamientos nucleares estratégicos o tácticos–, sin causar daños demasiado importantes a los recursos económicos europeos. Las fuerzas convencionales

La URSS parecía disponer por fin del instrumento estratégico necesario para anticiparse al escalonado despliegue nuclear-táctico de la Alianza Atlántica. Su poderío estratégico a nivel regional complementaba así su incontrovertida superioridad convencional, conformando un combinado operativo flexible y homogéneo, que eludía el tradicional respaldo disuasivo proporcionado hasta entonces a Europa por la sombrilla estratégica norteamericana⁶¹.

El Pacto de Varsovia estaba entonces en camino de poder lanzar –si consiguiese de algún modo obviar la disuasión mínima franco-británica–⁶² tanto un ataque por sorpresa contra la OTAN como ocupar las ciudades e industrias de Europa Occidental con un mínimo de destrucciones. «Europa sería así no sólo un rehén sino, al ser utilizada su industria, también un medio de compensar las destrucciones producidas en la URSS, si se hubiese ejecutado algún contragolpe»⁶³.

La respuesta de la Alianza Atlántica no se hizo esperar. Una reunión ad hoc en Bruselas de los ministros de Defensa y Asuntos Exteriores de sus Estados-parte –excepto Francia y España, entonces aún no miembro de la OTAN– adoptó el día 12 de diciembre de 1979, por unanimidad, la controvertida propuesta norteamericana de desplegar en suelo europeo y bajo su exclusivo control –a partir de diciembre de 1983– sistemas de armas estratégicas de largo alcance –464 GLCM's «Cruise» y 108 MRBM's «Pershing II»–, de neta catalogación contrafuerza y destinados específicamente a contrarrestar la amenaza estratégica de teatro soviética⁶⁴.

Así, el despliegue de dicho arsenal «euroestratégico» por parte de la Alianza Atlántica tiene por objeto disuadir a la URSS de explotar tanto política como militarmente su superioridad regional en el teatro europeo, sin

soviéticas no tendrían después más que ocupar el terreno. La tentación puede ser grande al ser perfectamente conocidos los objetivos de la OTAN...». ETCHEVERRY, JEAN PAUL: «El futuro de la disuasión». *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 154-IV, abril, 1982, p. 10. En cualquier caso, la adopción de categorías contrafuerzas de carácter regional por la URSS no era novedad. «Las fuerzas de cohetes estratégicos –afirmaba el mariscal Gretchko en 1971– están hechas para aniquilar los medios de ataque nuclear del enemigo, las concentraciones importantes de sus ejércitos, sus bases militares, sus industrias y, sobre todo, para desorganizar sus estructuras políticas y militares a la par que su retaguardia y sus medios de transporte». Cit. SEVAISTRE, O.: «La Disuasión, ¿teoría o situación de hecho?», *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 122-II, noviembre-diciembre, 1978, p. 9.

⁶¹ La propia doctrina soviética confirma el despliegue contrafuerzas de su poderío nuclear estratégico intermedio. Así, PROCTOR: *Op. cit.*, p. 152. Para su capacidad de simultanear ataque nuclear y ofensiva convencional en dicho ámbito, OBRADOR: «Las estrategias globales enfrentadas en Europa», *Revista General de Marina*, t. 206, enero, 1983, p. 29.

⁶² Sobre su trascendental relevancia disuasiva, en cuanto de la misma se deriva la duda esotérica clave para el equilibrio global, OBRADOR: «Políticas y estrategias...», *Op. cit.*, pp. 147 y 148.

⁶³ SEVAISTRE: *Op. cit.*, pp. 9 y 10.

⁶⁴ «Los ministros han decidido –relataba el comunicado emitido por la OTAN al final de la reunión– proceder a una modernización de las fuerzas nucleares de teatro de largo alcance de la OTAN desplegando en Europa sistemas americanos con base en tierra integrados por 108 lanzadores "Pershing II" –que reemplazarían a los "Pershing I-A" entonces existentes– y 464 misiles de crucero, ambos tipos dotados de carga atómica única...». *Textes des communique finals*, vol. II, Service de l'Information de l'OTAN, Bruxelles, 1981, p. 130. Para un examen de la postura española respecto a la «doble decisión», RAMÍREZ: «Crisis estratégica y...», *Op. cit.*, pp. 418 y 419 *in fine*. Para las características y despliegue actualizado de los «euromisiles», *The Military...*, *Op. cit.*, pp. 136 y 130.

necesidad de recurrir inicialmente por parte de los Estados Unidos a sus medios estratégicos intercontinentales ni involucrarse tampoco vital y esotéricamente en la defensa europea.

Dicho objetivo –que presupone desde luego el desarrollo en suelo europeo de las primeras fases del enfrentamiento bélico Este-Oeste– parece desprenderse también del reciente énfasis de la doctrina norteamericana en postular la adopción por el sector europeo de la Alianza Atlántica, en el marco global de la «respuesta flexible» y de la «defensa avanzada», de su novedosa concepción táctica de la batalla aeroterrestre y el consiguiente y previo fortalecimiento –casi hasta extremos de auténtica especialización y una vez aderezados con las últimas innovaciones tecnológicas– de sus medios convencionales ⁶⁵.

Sin embargo, la URSS se ha apresurado a afrontar política y militarmente el nuevo despliegue defensivo de la Alianza Atlántica; por un lado, activando el síndrome cubano al vincular nítidamente la cobertura nuclear americana a Europa con la quiebra de la santuarización territorial de los Estados Unidos; por otro, acelerando el carácter ofensivo de su despliegue estratégico regional al introducir en el teatro europeo nuevos vectores contra fuerzas de corto alcance y al crear nuevos dispositivos tácticos –en particular, el GOM (Grupo Operativo de Maniobra)– ⁶⁶, destinados a eludir el contraataque atómico de la OTAN.

Así, la URSS ha formulado una doble amenaza al manifestar que respondería al emplazamiento de los «euromisiles» con un despliegue similar

⁶⁵ Así, el general Bernard W. Rogers manifestaba recientemente que «el mejor medio de reducir nuestra actual dependencia –sin duda excesiva– de las armas nucleares es levantar una disuasión clásica adecuada». ROGERS, BERNARD W.: «Renforcer la dissuasion-Relever le seuil nucléaire», *Revue de l'OTAN*, vol. 30, núm. 6, février 1983, pp. 7 y 9. Kissinger sentaría las bases del futuro compromiso estadounidense en Europa al postular la necesidad de robustecer la defensa convencional de la OTAN –que sería responsabilidad y cometido europeo– y la permanencia de su componente nuclear-táctico y estratégico-intermedio en manos americanas. Al respecto, KISSINGER: «A Plan to Reshape NATO», *Time Magazine*, 5-III-1984, pp. 14 y ss. Para su traducción, *El País*, 11-III-1984, pp. 11 y ss. Si los aliados europeos no aceptasen, Estados Unidos podría optar –lo que no dejaría de tener visos de auténtico chantaje– por acentuar sus tendencias al aislacionismo o bien, lo que parecería más probable, por incrementar el despliegue atómico-táctico e intermedio en suelo europeo y retirar la mitad de las fuerzas norteamericanas actualmente estacionadas en el viejo continente. Sobre dicha cuestión, BETTS: *Op. cit.*, pp. 13 y 14. En cualquier caso, las bases de dicho modelo estratégico-defensivo se denotan ya en la adopción por la Alianza Atlántica del concepto FOFA («Follow-On Forces Attack»), en realidad una puesta al día de su tradicional doctrina de la «respuesta graduada» y de la «defensa avanzada», una vez asumida la noción de la «batalla aeroterrestre» («Air-Land Battle») y la integración de los nuevos avances tecnológicos en los sistemas de armas convencionales. Dicha remodelación de la doctrina defensiva de la Alianza Atlántica fue adoptada oficialmente por el Comité Militar de la OTAN el día 10 de noviembre de 1984, sobre la base de numerosos estudios previos. Al respecto, ORTEGA, ANDRÉS: «La adopción de la nueva táctica defensiva de la OTAN amplía el eventual campo de batalla», *El País*, 12-XI-1984, p. 5. Para una evaluación de dicha remodelación, GESSERT, ROBERT A.: «L'Air-Land Battle et le nouveau débat doctrinal dans l'OTAN», *Defense National*, juin et août-septiembre, 1984, pp. 23 y ss. En nuestra doctrina, BELMONTE HERNÁNDEZ VALENTÍN: «Conceptos: La OTAN y su credibilidad», *Defensa*, núm. 69, enero, 1984, pp. 55 y 56.

⁶⁶ Para sus orígenes, elementos y composición, DOERFEL, STEVE: «La necesidad de aceptar el reto estratégico», *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 175-IV, junio-julio 1984, pp. 1, 2 y 8. Para una descriptiva ilustración acerca de su objetivo e integración en la doctrina estratégica soviética, ORTEGA: «La búsqueda soviética de una mayor movilidad», *El País*, 28-IV-1984, p. 6.

en las fronteras de los Estados Unidos ⁶⁷ –aunque hasta la fecha tan solo haya incentivado la presencia de sumergibles dotados de misiles de crucero frente a sus costas–, y reiterando que desencadenaría una guerra irrestringida a niveles termonucleares en caso de ataque nuclear a territorio soviético.

«Si los Estados Unidos llegasen a utilizar los euromisiles contra la Unión Soviética –afirmaba recientemente el mariscal Nikolai Ogarkov, ex comandante en jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas Soviéticas–, no es lógico creer que nosotros no responderemos más que contra Europa. Sería imposible mantener entonces una guerra limitada... Dicha guerra degeneraría forzosa e inevitablemente en una guerra total» ⁶⁸.

Los europeos de cualquier signo o nacionalidad perciben, pues, el enorme riesgo que para la perpetuación de su modelo de sociedad supondría la agravación de semejante situación político-estratégica entre las Superpotencias, al facilitarles además la movilidad de los nuevos sistemas armamentísticos su mutuo interés de ser territorialmente ajenos al conflicto ⁶⁹.

Pese a los rotundos mentis del Gobierno estadounidense ⁷⁰, no deja de ser paradójico el aumento de la reticencia europea –sin duda fomentada sutil e interesadamente por la URSS– ⁷¹ a la adopción de diseños estratégicos

⁶⁷ «Si se trata de igualar el nivel de armamentos nucleares de ambos bloques –argumenta Georgi Arbatov–, no tendríamos sólo que añadir nuevos misiles en Europa, sino desplegar otros cerca de las fronteras de los Estados Unidos una vez que se instalen los euromisiles». Cit. BAYÓN, FÉLIX: «El Kremlin espera con desconfianza las nuevas propuestas de la Casa Blanca». *El País*, 18-III-1983, p. 5. En cualquier caso y hasta la fecha, como señala Obrador Serra, «la misión de los despliegues avanzados soviéticos sobre las costas de los Estados Unidos, constituidos fundamentalmente por submarinos portadores de SLBM's de corto alcance es, además de la disuasión, la amenaza específica de misiles de trayectoria corta contra determinadas instalaciones americanas». OBRADOR: «Los despliegues navales de la OTAN y del Pacto de Varsovia», *Revista General de Marina*, t. 206, abril, 1984, p. 527.

⁶⁸ Cit. BAYÓN, *op. cit.*, p. 8.

⁶⁹ La inquietud cunde, pues, a ambos lados del telón. Ante semejante percepción se explica la reticencia de algunos Estados partes –Rumania en particular– del Pacto de Varsovia a la decisión soviética de instalar nuevos vectores nucleares de corto y medio alcance –es decir, los «SS-21», «SS-22» y «SS-23»– en suelo checo y alemán oriental a raíz de la suspensión sine die de las conversaciones INF de Ginebra. Al respecto, CLARET, ANDREU: «Algo se mueve en el Este europeo», *El País*, 24-XII-1983, p. 8. Así, afirma un experto checo, «está claro que los Estados Unidos –igual podría argumentarse respecto a la URSS– quisieran mantener el riesgo de guerra nuclear en el marco europeo y evitar una destructora guerra nuclear global». PROCHAZKA, ZDENEK: «La solución cero», *Defensa*, núm. 47, marzo, 1982, p. 4. Referente a las vicisitudes de la propuesta de una zona desnuclearizada en Centroeuropa, así como sus diversos inconvenientes. BLANCHMAN, BARRY M.; MOORE, MARK R.: «Una zona desnuclearizada en Europa», *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 175-IV, junio-julio, 1984, pp. 5 y ss.

⁷⁰ «En cuanto a la idea de que los Estados Unidos desean confinar el conflicto en territorio europeo –manifestaba recientemente el vicepresidente norteamericano George Bush–, me parece un sarcasmo desagradable... Nada nos molesta más al Presidente y a mí que la insinuación de que estamos preparando una guerra nuclear, ¡porque no nos estamos preparando para librar una guerra nuclear, estamos poniendo los medios para evitarla! Es precisamente la presencia de las fuerzas norteamericanas lo que constituye una garantía de que los Estados Unidos quedarían envueltos en cualquier ataque contra Europa occidental. Y eso supone mucho a la hora de garantizar que la URSS no va a verse animada a desencadenar un ataque». BUSH, GEORGE: «Estados Unidos y la seguridad europea», *El País*, 6-III-1983, p. 10.

⁷¹ «Todos los esfuerzos de paz europeos –afirma Arbatov– acogen con profunda inquietud las cada vez más refinadas ideas estratégicas y los planes para forzar la carrera armamentística concebidos por Washington. Y es natural, pues aquello que para los Estados Unidos puede considerarse como guerra nuclear limitada en un teatro de hostilidades situado al otro lado del océano, para los europeos podría suponer una hecatombe nuclear». ARBATOV, GEORGI A.: «Estrategia de irreflexión nuclear», *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 143-IV, octubre, 1981, p. 16. Paradójicamente, este es un punto –el riesgo creciente que se cierne sobre Europa– sobre el que también coincide la doctrina norteamericana. «En el intento de crear un sistema de alianzas contra la agresión soviética –manifestaba

tendientes a desvincular definitivamente o bien a espaciar en estadios sucesivos la defensa común de los Estados europeos y americanos integrantes de la Alianza Atlántica⁷².

Kissinger asumía implícitamente semejantes recelos al manifestar «que –cosa que no podía decir cuando pertenecía a la Administración– nuestros Aliados europeos no deben continuar pidiéndonos que asumanos su seguridad estratégica. Es un cometido que posiblemente no podemos intentar y, aunque lo intentáramos, no querríamos llevarlo a cabo porque su ejecución pondría en peligro de destrucción a nuestra civilización»⁷³.

La actual Administración norteamericana manifestaría aún de una forma mucho más explícita su adhesión a los esquemas de una guerra nuclear limitada circunscrita a un teatro determinado y que excluyese el enfrentamiento total. «Es posible –sostenía el propio presidente Reagan durante una reciente conferencia de prensa–, concebir el uso de armas nucleares contra el enemigo en el campo de batalla, sin que ello lleve a una de las superpotencias a apretar el botón»⁷⁴.

Aunque sea evidente la lógica de los Estados Unidos de no querer arriesgarse esotéricamente a priori y sin alternativas por sus aliados europeos, ¿respalda mejor la paz en Europa su nuevo y unilateral modelo estratégico regional? Sus reiteradas propuestas de especializar al sector europeo de la OTAN en la defensa con sofisticados medios convencionales y de reservarse bajo su control –bien bajo la modalidad de la «doble llave» las armas nucleares tácticas o de forma exclusiva las de alcance regional– el elemento

Kissinger– es donde se ponen más de manifiesto los dilemas de la era nuclear..., ya que, nunca hemos expresado claramente cuál es la estrategia que está detrás de nuestra política de alianzas –si pretendemos defender a nuestros aliados contra la invasión o si confiamos en tener una superioridad con respecto al bloque soviético para desbaratar la agresión–. Para nosotros, esa elección puede representar una opción estratégica; para nuestros aliados se presenta como cuestión de vida o muerte». KISSINGER: *Armas nucleares y...* op. cit., pp. 274 y 275. Sobre la campaña de dsinformación emprendida en Europa por la URSS a través de sus intentos de articulación del movimiento pacifista, EMERSON VERMAAT, J. A.: «Moscow Front and the European Peace Movement», *Problems of Communism*, vol. XXXIV, november-december, 1982, pp. 43 y ss. Para un examen más reciente del problema, especialmente a raíz del alineamiento de sectores del clero católico junto al pensamiento pacifista, FORGET, PHILIPPE: «Le pacifisme en France: ses critiques fondamentales contre la dissuasion nucléaire», *Strategique*, núm. 23, III-1984, pp. 93 y ss.

⁷² «No es suficiente –manifestaba Helmut Schmidt– que haya un equilibrio entre la vulnerabilidad de los santuarios de las Superpotencias. También hace falta un equilibrio entre la vulnerabilidad de la Europa del Este y la del Oeste. Creo que el Presidente Kennedy fue el primero que subestimó los acontecimientos previsibles por entonces. A comienzos de los años sesenta retiró los cohetes de alcance medio de Turquía, del norte de Italia e Inglaterra para deshacerse de los misiles de alcance medio, que Khrushchev estaba a punto de colocar en Cuba en 1962. Creo que éste fue el primer error en esta cuestión. Quería quitarse de su puerta los misiles de alcance medio soviéticos. No le preocupaba demasiado si seguían a la puerta de los europeos, apuntados contra Europa. No quería tenerlos apuntando contra Washington, pero no le importaba lo más mínimo que estuvieran apuntando contra París, Londres, Roma o Bonn. Ha llovido mucho desde entonces y ya no cree nadie que los Estados Unidos emplearían su arsenal estratégico de largo alcance para impedir cualquier violación de menor importancia por parte de un futuro Gobierno soviético que no amenazase la existencia misma de los Estados Unidos». SCHMIDT, HELMUT: «Detesto la idea de que alguien pueda concebir una guerra nuclear limitada al continente europeo», *El País*, 23-II-1982, p. 6.

⁷³ KISSINGER: «La OTAN: Los treinta próximos años (Simposio de Bruselas)», *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 132-VI, enero, 1980, p. 16.

⁷⁴ Cit. TATO, JOSÉ LUIS: «En el umbral nuclear», *Revista General de Marina*, t. 201, diciembre, 1981, p. 617.

nuclear de campo de batalla y de teatro estacionado en suelo europeo, ¿acrecientan la disuasión?

Si la presumible misión del actual planeamiento defensivo de la Alianza Atlántica –en particular, su despliegue «euroestratégico», aún en fase de instalación– es precisamente desorganizar la ofensiva del Pacto de Varsovia mediante descargas puntuales sobre su segundo escalón y su retaguardia mientras medios convencionales de alta movilidad y gran potencia de fuego –reforzados incluso con apoyo atómico-táctico cercano– contienen a sus elementos de ruptura más avanzados, ¿no es verosímil que la Unión Soviética pretenda anticiparse a semejante maniobra?

La evolución del pensamiento estratégico soviético parece decantarse inequívocamente en potenciar dicha capacidad. La URSS ha fortalecido considerablemente sus medios de ataque preventivo al fomentar tanto la aceptación contrafuerzas –mediante el asentamiento en Europa Oriental de sus nuevos vectores «SS-21», «SS-22» y «SS-23», dotados de ojivas atómicas y químicas–, como la autonomía logística –a través de la articulación de grandes unidades en Grupos Operativos de Maniobra (GOM)–, de su aptitud ofensiva desde su despliegue habitual ⁷⁵.

Así, «si los soviéticos –afirma Norbert Hanning– logran atacar por sorpresa, sin previo aviso y partiendo de su dispositivo de tiempo de paz, *prácticamente no podrían fracasar*» ⁷⁶. Por otra parte, «aunque la decisión de iniciar la escalada nuclear esté hipotéticamente en manos de los Estados Unidos –señala Robert Nuryck–, la instalación de los euromisiles pasa la pelota al campo soviético. Serán ellos quienes tengan que decidir si utilizan los primeros su armamento estratégico» ⁷⁷.

De ese modo, «una ofensiva soviética ejecutada en semejantes condiciones –argumentábamos recientemente–, apoyada localmente por fuegos ABQ y circunscrita al suelo de la República Federal de Alemania, Benelux y Austria,

⁷⁵ «Los misiles nucleares soviéticos –es decir, los "SS-21", "SS-22" y "SS-23"– que se instalan actualmente en Checoslovaquia y en la RDA –afirma el general Mihoslav Blahnik, jefe de Estado Mayor y viceministro de Defensa checo– apuntan exclusivamente a objetivos militares norteamericanos en Europa occidental, incluidas las rampas de lanzamiento de misiles de la Alianza Atlántica». Cit. TERTSCH, HERMANN: «Los misiles soviéticos instalados en Checoslovaquia y la RDA sólo apuntan a objetivos norteamericanos», *El País*, 3-IV-1984, p. 7. Sin embargo, de dicha amenaza ya se había eco con anterioridad la OTAN al más alto nivel. Así, los ministros –es decir, los titulares de Defensa de los Estados integrantes del Grupo de Planificación Nuclear, del que forman parte todos aquellos Estados, menos Francia e incluida España, que tiene un peculiar estatuto de observador, que componen la Alianza Atlántica– observaron que, en comparación con la política de moderación de la OTAN, la URSS continúa sin pausa acrecentando su potencial a todos los niveles. En el transcurso de los últimos meses, ha proseguido con la construcción de tres nuevas bases, como mínimo, para «SS-20» al este de los montes Urales, además de haber desplegado ya 351 lanzamisiles operacionales «SS-20» con 1.053 cabezas. También mantiene en servicio un número elevado de «SS-4» y «SS-5» y procede a reemplazar misiles de corto alcance de modelo anterior por una nueva generación de misiles más precisos –los «SS-21», «SS-22» y «SS-23»– que comenzaron a desarrollar hace algunos años. Grupo de Planes Nucleares de la OTAN: «Comunicado final a la reunión ministerial de otoño de los días 27 y 28 de octubre de 1983», *Revista de la OTAN*, núm. 7, 1983, p. 12. Para examinar las características y número de dichos misiles, *The Military...*, op. cit., pp. 17, 134, 136 y 137.

⁷⁶ HANNING; op. cit., p. 30.

⁷⁷ Cit. RAMÍREZ: *Crisis estratégica y...*, op. cit., pp. 419 y 420.

complementada también simultáneamente por ataques estratégicos en profundidad contra el despliegue defensivo de la Alianza Atlántica en Europa, haría cuestionable la defensa atómico-táctica de su suelo y arrojaría sobre los gobiernos francés y británico la abrumadora decisión de escoger entre su irreversible finlandización política o arriesgarse unilateralmente en el esotérico proceso de escalada»⁷⁸.

Por ello, el colapso de cualquier género de defensa organizada mediante ataques puntuales de naturaleza quirúrgica, de reducidísima alerta y de imposible previsión, invalida militarmente los modelos defensivos destinados a limitar y graduar el conflicto y aboca políticamente a una parálisis decisoria a aquellos otros sujetos estratégicos cuyo diseño disuasivo arriesga la supervivencia de sus centros vitales en caso de contestación atómico-esotérica a la salva contrafuerzas previa.

Por consiguiente, la actual doctrina de la «respuesta graduada» de la Alianza Atlántica –articulada sobre las nociones de la «defensa avanzada» y de la «batalla aeroterrestre»–, compartimentada además en aleatorios umbrales convencionales y nucleares y reforzada por el despliegue euroestratégico derivado de la «doble decisión», difícilmente responde a los requisitos de la disuasión en Europa, toda vez que agudiza la posibilidad de descargas preventivas en profundidad por parte soviética sobre su sistema defensivo y acentúa el riesgo de batalla atómico-táctica sobre el suelo europeo occidental.

Por otra parte, los diseños estratégicos nacionales de carácter mínimo de Francia y Gran Bretaña tampoco ofrecerán en el futuro suficiente credibilidad disuasiva, porque sólo sería plenamente creíble su unilateral activación cuando la amenaza estratégica soviética se materializase sobre sus núcleos urbanos, quedando gravemente comprometida su certeza si la descarga agresora previa de naturaleza contrafuerza obviase aquéllos al cuestionar su réplica contrarresto su propia supervivencia.

Su crisis se evidencia, pues, ante el proceso de saturación tecnológico-armamentística llevado a cabo por las superpotencias y, en particular, debido a la tendencia de la URSS de acentuar su capacidad defensiva –originalmente articulada frente a la amenaza estratégica de la República Popular China–, ante represalias estratégicas antidemográficas de carácter mínimo ejecutadas a través de ataques de misiles balísticos.

Así, el novedoso despliegue de sofisticados sistemas de defensa antimisil por parte de la Unión Soviética –remozando el asentamiento ABM dejado en vigor por los acuerdos SALT I y perfilando una compleja red antisatélite y de detección avanzada de ámbito aerospacial⁷⁹–, perseguiría precisamente

⁷⁸ *Ibidem*, p. 423.

⁷⁹ Al respecto, Departamento de Defensa de los Estados Unidos: «El Poderio Militar Soviético (2.^a edición)», *Bol. Inf. CESEDEN*, núms. 174-175-IV, mayo-junio-julio, 1984, pp. 95 y ss. Para el despliegue actual del sistema ABM soviético, *The Military...*, *op. cit.*, pp. 17 y 134.

endurecer su perímetro geográfico ante ataques semejantes e inutilizar sobre todo su capacidad política de disuasión unilateral⁸⁰.

V. CONCLUSIÓN

El análisis del futuro de la seguridad en Europa se centra, pues, en la búsqueda durante la presente década –a fin de no ser desbordados por la inminente saturación tecnológico-armamentística– de alternativas estratégicas válidas a la implícita combinación actual de los modelos disuasivos originalmente establecidos bajo esquemas de defensa colectiva o unilateral por la OTAN y Francia y Gran Bretaña.

La debilidad del planeamiento defensivo de la Alianza Atlántica –representado por las novedosas acepciones de su tradicional doctrina de la «respuesta graduada»–, se deriva tanto de su explícita asunción de los riesgos de la batalla a cualquier nivel y carácter –estratégico o táctico, convencional o ABQ–, en suelo europeo occidental como de la acusada lentitud y ajenidad de su activación debido al complejo mecanismo decisorio de la «doble llave» y a la foraneidad dispositiva de sus vectores de alcance regional.

La quiebra del diseño estratégico-defensivo unilateralmente formulado por Francia y Gran Bretaña resulta por contra de su rigidez disuasiva, del restringido ámbito de su santuarización –obviamente circunscrita a su respectivo territorio nacional–, y, sobre todo, de la progresiva adopción por la URSS de sendas categorías estratégicas contrafuerzas de carácter regional y global –cuya evidente manifestación son sus nuevos sistemas ofensivos y defensivos–, que condicionan política y militarmente la capacidad de represalia estratégico-esotérica de dichos Estados.

En cualquier caso, el principal riesgo derivado de la amenaza estratégica regional soviética sería la posibilidad de una descarga de naturaleza contrafuerzas, en profundidad y por sorpresa –a cargo de sus nuevos vectores «SS-20», «SS-21», «SS-22» y «SS-23», dotados de cabezas ABQ–, simultánea

⁸⁰ Así, manifestaba recientemente Jonathan Alford, «hasta ahora nos hemos basado en el Tratado ABM de 1972 para mantener a la URSS relativamente vulnerable. Francia y Reino Unido son relativamente poco sofisticados –se entiende que en el ámbito atómico-estratégico–, pero si la URSS tuviera una brújula similar y se quisiera asegurar un nivel de disuasión mínimo, estarían forzados estos dos países a aumentar su número de cabezas nucleares porque la mayoría de los misiles no podrían penetrar en la URSS... Esto exigiría un gasto mayor». ALFORD, JONATHAN: «La guerra de las estrellas es una reevaluación de un criterio defensivo desechado en los años sesenta», *El País*, 18-VI-1984, p. 8. Dicha cuestión es de enorme relevancia para la seguridad europea, toda vez que la disuasión en el viejo continente –al menos su caudal primordial de incertidumbre psicológica (la «duda esotérica»)– descansa en manos de Francia y Gran Bretaña, y, sobre todo, en la capacidad de represalia automática de sus SLBM's. Sin embargo, los SLBM's «son particularmente vulnerables a dicha forma de interceptación porque sus ojivas están dotadas de secciones-radar más grandes y entran en la atmósfera a velocidades menores que los ICBM's. Además, la URSS está especialmente interesada por la interceptación de los SLBM's porque no son tan vulnerables a los ataques preventivos de carácter contrafuerza como los ICBM's y porque Francia y Gran Bretaña dependen sobre todo para su defensa de los SLBM's». YOST, DAVID S.: «Les inquiétudes européennes face aux systèmes de défense antimissiles. Un point de vue américain», *Politique Etrangere*, núm. 2-1984, p. 383, *in fine*.

al comienzo de la ofensiva emprendida por su dispositivo convencional –llevada a cabo por sus recién creados Grupos Operativos de Maniobra (GOM's), a fin de hurtarse a la acción de la «defensa avanzada»–, desde su asentamiento de tiempo de paz, cuyo objetivo residiría precisamente en batir el sistema defensivo de la Alianza Atlántica a lo largo de Europa y ocupar en un plazo máximo de setenta y dos horas la República Federal de Alemania, Benelux y Austria.

Así, el despliegue de los «euromisiles» decidido a raíz de la «doble decisión» adoptada por la OTAN el día 12 de diciembre de 1979 y en fase de ejecución a partir de finales de 1983, no sólo no soslaya sino que acentúa –por obvias razones de anticipación estratégica del presunto adversario–, los riesgos de intercambio estratégico contrafuerzas en suelo europeo, lo que seguramente conllevaría, con independencia del bando que lograra la victoria, la quiebra del actual sistema sociopolítico vigente en Europa occidental ⁸¹.

Si la declarada finalidad del complejo mecanismo de seguridad occidental es tanto impedir la presión política de la URSS como abortar cualquier posibilidad de estallido bélico en el viejo continente, se impone, pues, la necesidad de una alternativa específicamente europea de defensa –que podría estar además perfectamente integrada en el globalizado marco disuasivo de la Alianza Atlántica–, cuyo primordial propósito político-estratégico fuese restablecer la intangibilidad de la disuasión en Europa.

Dicho objetivo político requeriría sobre todo la detención de medios estratégicos por parte de diferentes Estados europeos –al menos de aquellos que optasen discrecionalmente por semejante posibilidad y careciesen de atavismos dimanantes de su pasado–, bien a título particular o bajo el pabellón de la OTAN, susceptibles de proyectar unilateralmente y de forma efectiva una devastadora réplica contrarresto sobre el agresor y cuyo despliegue permaneciese a salvo de su capacidad de ataque preventivo.

Su credibilidad presupondría el carácter automático de la represalia –lo que significaría soslayar mecanismos como la «doble llave» y la ajenidad decisoria característica del despliegue de los «euromisiles»–, y una capacidad de penetración adecuada para eludir los sofisticados medios de detección aerospacial y de defensa contra misiles balísticos actualmente ostentados por la Unión Soviética ⁸².

⁸¹ Es particularmente ilustrativo el exhaustivo estudio de WEIZÄCKER, C. F. VON: *Kriegsfolgen und Kriegsverhütung*. München, Carl Häuser, 1971, pp. 56 y ss.

⁸² A este respecto, parece importante resaltar que el despliegue de cada vez más sofisticados y novedosos sistemas de armas por parte de las superpotencias –en particular, aquellos relativos al ámbito espacial, en cuanto su objetivo reside precisamente en otorgarlas capacidad de defensa antimisil activa y pasiva– puede convertir en estériles los esfuerzos de dotarse de capacidad estratégica por parte de terceros Estados. Es sintomática, pues, la ambivalencia del programa estadounidense conocido como GMBD (Global Ballistic Missile Defence), que permitiría a los Estados Unidos invalidar cualquier amenaza nuclear procedente de una fuerza estratégico-esotérica de carácter primario. En este sentido, recuérdese que los primeros sistemas ABM's norteamericano y soviético –los respectivos programas «Sentinel» y «Galosh»– tuvieron por objeto afrontar, durante la década de los sesenta, la incipiente amenaza estratégica china. Sobre el particular, RAMÍREZ: *Soberanía nacional y...*, op. cit., pp. 272 y 274.

Por tanto, por lo que se refiere al teatro europeo y sin desdeñar desde luego los riesgos de la proliferación horizontal, una diversidad de paqueños poderes nucleares europeos haría prácticamente irresoluble la duda estratégica de un eventual agresor en Europa, ante la dificultad de soslayar completamente una pluralidad de gatillos atómicos de naturaleza estratégica capaces de asumir negativamente su propia defensa ⁸³.

Por otra parte, sería preciso potenciar la capacidad de supervivencia estratégica de semejante herramienta disuasiva europea, acentuando tanto su movilidad como su dispersión. Se pone, pues, de relieve la conveniencia de obviar los emplazamientos terrestres –fijos o aun móviles– de dichos sistemas, dada su vulnerabilidad ante ataques contrafuerzas por sorpresa u operaciones irregulares y la carencia de suficiente espacio de maniobra en el superpoblado teatro europeo. La mar y el aire constituirían entonces el ámbito idóneo para su despliegue.

El sistema de armas sobre el que se articularía la futura disuasión europea debería estar operativamente disponible en un plazo inmediato –no más allá, desde luego, del final de la presente década–, permitir aprovechar como plataformas de lanzamiento muchos de los buques y aviones de las generaciones de armas actualmente en servicio y no constituir excesiva carga presupuestaria para la deprimida economía europea.

Los misiles de crucero –dotados de cabezas ABQ, de un avanzado sistema de navegación y guiados hasta el blanco asignado siguiendo el perfil del terreno (tipo *Tercom*), e integrados como sistema de armas en plataformas tan versátiles como submarinos, buques de superficie o aviones con base terrestre o en portaaviones–, representan de ese modo para Europa una posibilidad sin precedentes de recuperar cotas de soberanía y de autonomía político-estratégica que parecían definitivamente relegadas al pasado.

A la postre, el problema del grado de fiabilidad de la disuasión europea no es tanto un problema tecnológico-estratégico –en cuanto ya existe un sistema de armas considerado óptimo para cumplir sus requisitos–, como político, al disponer los Estados Unidos de dichos vectores para la defensa de Europa en régimen de monopolio ⁸⁴.

El fiel de la supervivencia política del viejo continente se va a asentar, pues, en los próximos años sobre la efectiva disponibilidad por parte europea

⁸³ Así, «en Europa –dice Robert L. Pfaltzgraff–, la propensión de los Estados a adquirir armas nucleares dependerá de varios factores, incluida la percepción de una continuada credibilidad en la garantía nuclear de los Estados Unidos englobada en la Alianza Atlántica». PFALTZGRAFF, ROBERT L.: «Las incipientes relaciones entre las grandes potencias», *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 124-IV, febrero, 1979, p. 9.

⁸⁴ Según ciertos sectores doctrinales, el riesgo de proliferación aumentaría «si a Europa, por medio de las SALT u otro tratado, se le negase el despliegue de misiles de alcance medio, dejándola solamente en manos de los medios estratégicos norteamericanos, lo que, en términos defensivos significaría sin lugar a dudas un empeoramiento y una reducción de la probabilidad de una respuesta estratégica de los Estados Unidos en caso de una agresión a Europa». ROSE, FRANÇOIS DE: «El futuro de las SALT y la seguridad europea occidental», *SALT II*, Madrid, CESEDEN, 1980, p. 102.

-bien de forma unilateral por, sus diferentes Estados o bajo la propia estructura funcional y formal de la Alianza Atlántica- de dichos vectores, de modo que constituyan una verdadera réplica estratégica para la Unión Soviética.

La naturaleza disuasiva de semejante sistema de armas será finalmente más evidente en cuanto su irrestringida detentación en manos de los aliados europeos de la OTAN acrecentaría la incertidumbre de la URSS acerca de su aleatoria reacción en caso de agresión regional. Su duda esotérica sería, pues, cuasiirresoluble ante la existencia de una pluralidad de sujetos internacionales (por ejemplo, entre otros, Portugal, Grecia, Luxemburgo o España) dotados de autonomía estratégica e integrados además en una Alianza⁸⁵.

En definitiva, el parámetro a nuestro juicio decisivo para juzgar la oportunidad de la pertenencia de un Estado al sistema de seguridad colectiva que la Alianza Atlántica representa vendrá determinado por el nivel de seguridad añadido que su integración en aquél le reporte.

Si de la prospectiva de las más graves amenazas previsibles se deduce que la doctrina estratégica globalmente establecida es la adecuada para su neutralización -o bien, si se estima que la estructura interna de la OTAN es suficientemente flexible como para articular sucesivos diseños disuasivos que se aproximen a dicho techo sin discriminaciones regionales-, es evidente la conveniencia de la condición de Estado-aliado.

Por el contrario, si de la asunción de dicho estatuto se desprendiese una agravación del diagnóstico habitual de seguridad nacional debido a la inadecuación del marco estratégico-disuasivo con los riesgos percibidos y la falta de tutela apropiada para los intereses estratégicos particulares de un sector de la Alianza o de un Estado-parte, se estaría ante la necesidad de una radical negativa.

El presente estudio pretende ser una modesta aportación -sujeta por demás a la implacable revisión del diario acontecer internacional- al debate que vive nuestra sociedad acerca de la integración de España en la Alianza Atlántica. Si el análisis afectuado contribuye de alguna manera a mejorar la comprensión acerca de los baremos y expectativas estratégicas que rodean dicho proceso -con independencia, desde luego, de la particular posición ideológica de cada cual-, el objetivo de estas páginas quedaría cumplido.

⁸⁵ «Los Estados europeos que adquiriesen misiles con motor crucero -afirma Clifton Berry Jr.- aumentarían significativamente su potencialidad militar cinco o diez años antes que si lo hiciesen mediante el progresivo desarrollo de sus propios recursos... Si poseyeran misiles capaces de penetrar profundamente en la Rusia europea, la dominación regional actual de los soviéticos en materia de fuerzas estratégicas se convertiría en situación de igualdad... Quizá por ello, la Unión Soviética insistiese de forma tan enfática durante las fallidas negociaciones SALT II en lograr que tanto dichos medios como la tecnología inherente a los mismos fuesen objeto de una estricta prohibición de transferencia..., aunque finalmente ni se accediese a lo solicitado y se aprobase tan sólo una cláusula muy general». BERRY, CLIFTON F. JR.: «Desarrollo de los misiles de motor crucero tras la firma del tratado SALT II». *Bol. Inf. CESEDEN*, núm. 131-IV, noviembre-diciembre, 1979, p. 14.